

2. BIOGRAFÍA DE BARTOLOMÉ LLORÉNS Y DIFUSIÓN DE SU OBRA

2.1 Biografía

Nace Bartolomé Lloréns Royo el 13 de marzo de 1922 en el pueblo valenciano de Catarroja (JCC 133). Su nombre fue pasando por todos los primogénitos de su estirpe desde mediados del siglo XIX, y él lo heredó, no de su padre, como cabría esperar, sino del que habría sido su hermano mayor de haber sobrevivido a una temprana enfermedad.

Al mismo tiempo que el nombre *Bertomeu* –Bartolomé, en valenciano– se abría paso de generación en generación entre los Lloréns, también lo hacía el apodo de *Els estudiants* (Los estudiantes), con el que los vecinos se referían a los miembros de esta familia. Este amistoso apodo surge cuando un Bartolomé Lloréns, en el siglo XIX, decide matricularse en la universidad y consagrarse al estudio de la población agrícola de la región. En un pequeño pueblo como Catarroja, dedicado a la pesca y la agricultura, un estudiante era causa de admiración y motivo suficiente para bautizarle con un sobrenombre que pasará a las generaciones venideras. Bartolomé Lloréns Royo hará honor, por primera vez en varias décadas, al apodo de la familia (Orellano, “Bertomeu Lloréns i Royo” 52; y López-Amo, *Notas*).

Hijo de Bartolomé y Paquita, fue el mayor de tres hermanos. Su infancia y juventud pasaron en el ambiente humilde y rural que su padre, sastre de profesión, y su madre, ama de casa, podían ofrecerle (Anexo 1; y Aguiló Lúcia 60). Catarroja es un municipio situado

a ocho kilómetros al sur de Valencia, en pleno centro de la subcomarca conocida como la Huerta de Valencia. Tradicionalmente sus vecinos se han dedicado a actividades como la pesca y la agricultura, aprovechando su situación cercana a la Albufera, una fuente de recursos pesqueros y una zona de suelos fértiles por los que se extiende la huerta y los grandes cultivos de arroz. En los años treinta, la población activa que trabajaba en fábricas o en el sector servicios solo representaba el cuarenta por ciento de la población de Catarroja, y el sesenta por ciento restante estaba compuesto por pescadores, jornaleros, labradores y otros trabajadores del campo. Esto nos da una idea de las características de la población en la que Lloréns pasó su infancia y juventud. Desde el inicio del siglo XX, los nuevos avances tecnológicos del mundo moderno fueron llegando al pueblo. Algunos de ellos, como el tranvía o el alumbrado eléctrico, estaban a disposición de todo el mundo; pero, en los años treinta, la gran mayoría de los edificios de Catarroja no contaba aún con agua corriente. Estas nuevas tecnologías iban llegando muy poco a poco a esta pequeña población agraria junto a los márgenes de la Albufera (Gómez Roda 45-55).

La tradición familiar que nutrió la juventud de Bartolomé, por la vertiente paterna, era de ideas anticlericales, liberales, republicanas y blasquistas, que tanto éxito tuvieron en el levante de la primera mitad del siglo (Aguiló Lúcia 60). Un ejemplo ilustrativo del ambiente político que imperaba en este pequeño pueblo son los resultados de las elecciones generales de 1933: el cincuenta y cuatro por ciento de los votos fueron para el partido blasquista PURA (Partido de Unión Republicana Autonomista), y solo el veintisiete por ciento fue al DRV (Derecha Liberal Republicana), de ideología conservadora y católica, mientras que los votos restantes se repartieron entre otros partidos de izquierdas (Gómez Roda 66-67).

Desde joven, Lloréns manifiesta una serie de inquietudes intelectuales y una sensibilidad que su padre se afanará en cultivar, tomándole, desde muy pequeño, lecciones de español (López-Amo, *Notas*). Los testimonios de todos cuantos le conocieron coinciden siempre en resaltar su carácter alegre, bromista y divertido, además de su inmensa bondad (Orellano, “Bertomeu en lo recort” 86). En un pueblo en el que tradicionalmente nunca había habido una gran devoción católica, donde el volumen de personas que asistía a misa y guardaba los sacramentos era reducido, las primeras influencias que recibió del cristianismo le llegaron por parte de su madre, mujer piadosa y convencida católica,

aunque estas no germinarían de manera efectiva en Bartolomé hasta muchos años después (Anexo 1).

A pesar de proceder de un ambiente humilde, la educación nunca se descuidó en su hogar. Desde su más temprana infancia, el joven Bartolomé asistió a clase de párvulos en la casa de doña Herminia, una de las maestras del pueblo, donde aprendió pronto a leer, a escribir y “un poco más –o menos– de las cuatro reglas” (Albert Fortuny 43). Hasta tal punto sus capacidades intelectuales y sus inquietudes culturales eran notorias, que en el pueblo se llegó a plantear una colecta para costearle los estudios: en los años treinta el porcentaje de población analfabeta en Catarroja era de un cuarenta por ciento, por lo que cuando un joven presentaba aptitudes fuera de lo común, esto se hacía notar y el vecindario entero se implicaba (Gómez Roda 56). El cura vicario de la parroquia de San Miguel, consciente del potencial del joven Bartolomé, propone que ingrese interno en el colegio de Burjasot (Valencia), a lo que su padre se niega en rotundo. Sus convicciones políticas e ideológicas le llevan a despreciar cualquier tipo de internado de ambiente religioso (López-Amo, *Notas*).

No dispuestos sus padres a que se malograrán las capacidades del joven, deciden llevarle a Valencia para que pueda continuar con sus estudios en el Instituto Lluís Vives. Con tan solo doce años de edad, viaja todos los días en el tranvía desde Catarroja a la ciudad, cargando con los libros y una pequeña tartera con la comida.

Bartolomé pasará a ser alumno del Instituto-Escuela de Valencia aprovechando una disposición académica que le permitía acogerse al plan de estudios anterior, a condición de aprobar en un año los cursos que llevaba de desfase. De este modo supera, en un solo curso académico, ingreso, primero y segundo de bachillerato (López-Amo, *Notas*). En este nuevo centro recibirá el influjo de la filosofía krausista de Giner de los Ríos y su Institución Libre de Enseñanza –vanguardia de la educación en España–, que contribuyó a alimentar el periodo de renacimiento cultural de principios del siglo XX (Díaz 15-16). Tal y como se hace constar en los recuerdos de Ángel López-Amo, durante estos años demuestra un hambre voraz de conocimientos y todos ellos le agradan: desde el funcionamiento de los pozos petrolíferos a las ciencias ocultas, pasando por la física atómica; todo le satisface y por todo siente interés (*Notas*). Los que le conocieron guardan el recuerdo de su cultura enciclopédica y su elocuencia:

Bartolo, como siempre, era el centro de atención, los demás estábamos callados, nos tenía entretenidos y embobados todo el camino. Era una persona tan culta y dominaba tantos temas que pasaba de uno a otro con una gran facilidad. Tenía como se suele decir, cuerda para rato⁷ (Orellano, “Bertomeu en lo recort” 86).

Es también en este punto cuando empieza a demostrar una verdadera inclinación hacia la filología y de estos años datan los primeros poemas de los que tenemos constancia. Aprovecha los viajes en tranvía y los recreos en el jardín del Instituto–Escuela, para escribir poemas y reflexiones llenas de lirismo, que muy bien podrían considerarse ideas para poemas futuros o, incluso, poemas en prosa. Muchos son simples descripciones de aspectos o realidades cotidianas de la naturaleza, cargadas de colorido y gracia:

El vientecillo joven y fresco acaricia suavemente el florido seno de los árboles que se estremecen voluptuosos en ondulaciones lentas y alargan sus ramas para retenerle. El travieso jugueteón se lleva como prenda algunas hojitas verdes que se van con él en danza caprichosa (Lloréns, *Pensamientos*).

Se trata de ideas anotadas en un cuaderno en el que hace sus primeros ensayos de escritura, perfecciona su estilo y donde va madurando su visión poética del mundo. Describe paisajes, acontecimientos de la naturaleza, escenas cotidianas o incluso el entierro de un vecino del pueblo:

El sepulturero da órdenes, coge ladrillos, y golpea bárbaro e indiferente con la piqueta. No teme despertar con sus golpes duros y sonoros la paz del durmiente. Va colocando ladrillo tras ladrillo hasta cerrar hermético el negro agujero (Lloréns, *Pensamientos*).

En estos cuadernos es donde poco a poco irá fraguando su propia voz de poeta. Si bien en los primeros textos y poemas se incide en los clásicos vicios del escritor novato, como el tono afectado, la abultada adjetivación o la impostada solemnidad, con el tiempo irá adquiriendo una voz más clara, expresiva y sincera, que será, a la postre, uno de sus rasgos más loados. Junto a muchas de esas primeras reflexiones y poemas, encontramos pequeñas acotaciones en las que se hace referencia al lugar en que han sido escritas: “Reflexiones en clase de francés”, “Reflexiones en un camión”, “Reflexiones en un tranvía”; lo que nos hace pensar que iba a todos lados con su cuaderno, siempre alerta y

⁷ La traducción de los textos en valenciano es nuestra.

preparado para tomar nota de aquello que le conmoviera o inspirara para algún futuro texto.

También se revela como un apasionado de la música e ingresa en las Sociedades Filarmónica y Sinfónica de Valencia, lo que, en definitiva, demuestra una inclinación natural hacia las artes (Fontavella, *Notas*). Por otra parte, en lo que a sus inquietudes como intérprete se refiere, hubo de conformarse con tocar la guitarra, talento al que recurría para amenizar las reuniones de amigos, pero nunca llegó a aprender piano, que era su gran deseo. Incluso consideraba la música como la más grande de las artes y superior a la poesía, del mismo modo que la consideraban tantos otros poetas simbolistas, románticos y modernos admirados por su inmediatez y libertad (Utrera Torremocha 10). Su destreza con la guitarra le permitiría más adelante unirse a la tuna universitaria en Valencia, algo muy acorde con la natural simpatía y el encantador sentido del humor que se le atribuye en todos los testimonios de quienes le conocieron (Bousoño, “Prólogo” 1948, 53). Era un joven vitalista a quien, como dice Carles Lloréns, “le gustaba la juerga, la guitarra, los amigos, el amor, las chicas: le gustaba vivir” (Anexo 1).

Podemos ver una breve muestra de ese carácter inclinado hacia la broma, la diversión y la alegría adolescente, en algunas de las fotografías que se incluyen en el Anexo 2 (Ilustraciones de la 1 a la 4). En estas fotografías, encontramos a un Lloréns adolescente, rodeado de muchos amigos, en actitud siempre alborozada. José Arbona, uno de sus mejores amigos de la infancia, aparece junto a él en muchas de las imágenes. En ellas aparece un grupo grande, compuesto por chicos y chicas jóvenes reunidos en la playa, en torno a una paella o junto a un barco amarrado. Sabemos por sus escritos que durante su juventud compartió amistad con chicas de las que se llegó a enamorar. Una de ellas era María Antonia de Lamo, que asistió con Lloréns al Instituto-Escuela y a quien dedicó el poema “23. A María Antonia de Lamo” (*PP I*, 1937-1938). Otros como “23. Amor: a Pura” (*Sp* 1941) o el “Poema tercero: Amor profano”, que va dedicado “A Angelita”, (*Pc I* 1942), son el testimonio de un joven apasionado y sensible. Resulta imposible, sin embargo, asegurar, utilizando los poemas como prueba, si Bartolomé llegó a mantener una relación romántica con alguna de ellas.

A lo largo del cuarto curso de bachillerato, entre 1937 y 1938, Lloréns escribe poemas en un pequeño cuaderno que titula: *Poemas. Poesías I* (1937-1938). Es en este momento cuando comienza a manifestar unas inquietudes por la poesía que van más allá de la curiosidad estudiantil. Empieza a demostrar una voluntad por compilar sus poemas – independientemente de su calidad–, perfeccionar su técnica y guiar sus necesidades expresivas y artísticas por los cauces de la poesía. Aunque cargado de arrojo adolescente, se percibe una evidente aspiración por llegar a convertirse en un verdadero poeta y difundir sus versos. Lo vemos en el poema “1. Sueños de poderío y libertad” del cuaderno *Poemas. Poesías I* (1937-1938):

 Mi nombre sonará en la eternidad.
 Mis hechos vivirán eternamente.
 Yo, no solo aspiré a mi libertad,
 sino a dejar tras de mí una simiente.

Durante el curso siguiente, completa otro nuevo cuaderno titulado *Poemas. Poesías II* (1938-1939).

A menudo escribe desde su cuarto en la casa familiar del Carrer Nou, cuyas vistas le inspiran algunas de las imágenes recurrentes en su poesía. Su habitación estaba bien iluminada y desde su ventana se podía contemplar la Iglesia de San Miguel y su campanario (Anexo 1). El poema “9. Campana de la tarde” es la versión revisada de un poema de estos años. En su versión del cuaderno *Selección de poesías* de 1941, nos da una idea sobre la impresión que debían generarle estas vistas al atardecer:

 Campana de la tarde:
 gloria amarilla sobre fondo de oro.
 Campana de la tarde:
 son quejumbroso, místico anhelo, salmo sonoro.
 Campana de la tarde:
 lamento melancólico del día que se va.

Es durante sus años en el Instituto-Escuela cuando tiene lugar la Guerra Civil. El conflicto, que sacude y deja la marca de la guerra en toda España, tuvo una influencia moderada sobre la adolescencia de Lloréns. Debido a su corta edad, no participó en el enfrentamiento, pero la carestía y la inestabilidad social que lo acompañaba determinó la vida de los valencianos y de los catarrojenos. Como apunta Juan García Hortelano:

La primera víctima de la guerra es la infancia. Abolida la infancia en un país de adultos estremecidos por una locura senil, los niños, matriculados en un curso acelerado de la vida se licenciarían pronto en esa deformidad... denominada precocidad. (11)

Catarroja será un pueblo en la retaguardia del bando republicano, lejos del frente bélico. Sin embargo, la violencia de la guerra y el clima de inestabilidad política llegó a Catarroja con el asesinato de quince personas por parte de pequeños grupos de izquierdas. Entre las víctimas se encontraban antiguos cargos blasquistas y del DRV, así como un guardia civil y una monja. También soportó un bombardeo durante la contienda, en septiembre de 1937, en el que murieron cinco personas, entre ellas dos niños. Como era habitual en cualquier pueblo de España, algunos hombres jóvenes –y no tan jóvenes– fueron movilizados a causa del conflicto. Treinta catarrojenses murieron durante la lucha en el bando republicano, en los frentes de Teruel, Nules, Cataluña y Extremadura. El pueblo también se vio afectado por la llegada de evacuados y refugiados –cerca de setecientos–, muchos de los cuales adoptaron Catarroja como su nuevo hogar después de la contienda (Gómez Roda 66-67).

Se trata de una situación trágica que afectó en mayor o menor medida a todos los rincones de la geografía española y que dejó su marca en las vidas de todos los españoles. En el caso de Catarroja los estragos no resultaron tan críticos como en otros pueblos, pero sin duda fue un episodio trágico que abarcó tres años de la adolescencia de Lloréns, y que dejó, como no podía ser de otro modo, una huella de espanto. Además, durante el transcurso de la guerra continuó sus estudios yendo todos los días a Valencia, donde el clima sería significativamente más hostil.

Ante esta situación, Bartolomé hubo de compaginar sus estudios y sus largas idas y venidas a la capital valenciana con el esfuerzo extraordinario que, como primogénito, le era exigido por parte de sus padres, a la hora de colaborar para mantener a la familia (Bousoño, “Prólogo” 1948, 52-53). Entre otras cosas, aparte de participar en las inmensas colas para comprar comida que provocaba el obligado racionamiento, tuvo que dar clases particulares para llevar algo más de dinero a casa (Albert Fortuny 44). Su amigo de la infancia, José Arbona, recordaba mediante una anécdota cómo, durante estos años de carestía, Lloréns continuaba haciendo valer su carácter bondadoso. Cuenta que, en ocasiones, cuando ambos amigos merendaban durante el recreo, si veían a algún compañero que no tenía nada que comer, Bartolomé instaba a su amigo a compartir un

almuerzo entre ellos dos y ceder el otro a aquel chico que no tuviera merienda (Orellano, “Bertomeu en lo recort” 85).

En lo que se refiere a la poesía de Lloréns, esta tiende a mantener una actitud evasiva y no se interesa por el conflicto que asola el país, ni por sus estragos. Sus temas preferidos son la naturaleza o las descripciones en verso de paisajes que, en ocasiones, sugieren un cierto bucolismo, como: “En el campo de trigo tempranero / titilan las claras perlas del rocío” (*PP II*, 1938-1939). En otros momentos, los pasajes descriptivos aparecen teñidos de un oscuro romanticismo: “Relámpagos descuelgan de los cielos, y se abaten con rabia sobre el campo / que despierta asustado por el lampo / y que, luego, la noche con sus velos...” (*PP II*, 1938-1939). Sin embargo, poco a poco, el tema de la muerte o las expresiones de un cierto pesar existencial se van haciendo manifiestas en algunos de sus poemas, aunque no calarán en su poesía, de forma plena, hasta varios años más tarde: “Pero ayer las campanas tocaron a muerto / y poblaron los aires de sonido yerto” (*PP II*, 1938-1939). Por último, también resulta curioso, en este momento de su escritura, el uso de palabras del valenciano en los poemas que, salvo muy extrañas excepciones, eran escritos en castellano: “... a *boiras* muy clara, blanca y empapada / en el suave frescor de la *matinada*” (*PP II*).

Cuando la Guerra Civil termina, el primero de abril de 1939, el curso académico aún no ha finalizado. Los estudiantes valencianos –entre ellos Lloréns, que se encontraba realizando los estudios de quinto de bachillerato– debían hacer un examen de convalidación de los cursos estudiados durante la guerra. Al año siguiente, se matricula de nuevo en el Instituto Lluís Vives de Valencia, donde cursará sexto y séptimo, los últimos cursos del bachillerato (López-Amo, *Notas*). Durante estos años, los profesores de ambos centros, entre los que se encuentra Ángel Lacalle, conscientes de las capacidades de su alumno, le abren las puertas de sus casas, le invitan a ir a conferencias y le surten con todos los libros que pueda necesitar, especialmente obras de filosofía, que son por las que demuestra mayor interés (Fontavella, *Notas*).

La mayor parte del último año del bachillerato hubo de cursarlo, empero, con dispensa de escolaridad, debido a una bronquitis con fimia que le obligaba a permanecer en casa

⁸ Niebla

⁹ Madrugada

reposando y guardando cama. Debido a esta enfermedad, el Examen de Estado tuvo que realizarse en segunda convocatoria, en noviembre de 1941 (la primera tuvo lugar en junio), por lo que en los posteriores certificados se preocupó por aclarar que para él fue la primera vez que se había presentado. La enfermedad supuso un borrón en sus resultados académicos, ya que obtuvo un notable en el mencionado examen, cuando su calificación final en el último curso del bachillerato había sido de matrícula de honor (*Libro de calificación escolar de Bartolomé Lloréns*).

Si atendemos a las calificaciones de Lloréns a lo largo de su periodo escolar, vemos que abundan los aprobados. Durante sus dos primeros años en el Instituto Escuela, la máxima nota que alcanza es el notable. En ambos cursos recibirá un notable en Lengua y Literatura. En el cuarto y quinto curso, obtiene la calificación de notable en todas las asignaturas. Aun así, es necesario recordar que tercero y cuarto debieron ser convalidados después de la guerra. Durante el último curso académico (1940-1941) –realizado de nuevo en el Instituto Lluís Vives– obtiene dieces en las asignaturas de Filosofía, Inglés y Lengua Española y Literatura. En las asignaturas de Matemáticas, Latín y Geología, obtiene un nueve, mientras que, en Física y Química, y Agricultura, obtiene un siete y un ocho respectivamente (*Libro de calificación escolar de Bartolomé Lloréns*).

Durante todos estos años como estudiante de bachillerato, la vocación de Bartolomé se ha ido definiendo, y sus inquietudes han terminado por encauzarse hacia la literatura y la lingüística. Los textos de filosofía de autores diversos, como Kierkegaard (*El concepto de la angustia*), Hume (*Tratado de la naturaleza humana*), o Kant (*Crítica de la razón pura*) siguen siendo los que más interés despiertan en él (Anexo 5), así como los números con los que se puede hacer de la *Revista de Occidente* (Fontavella, *Notas*). Durante este tiempo su inquietud por la poesía ha pasado de una simple curiosidad juvenil, a una actividad poética más personal y que demuestra un interés vocacional. Su voz es la de un poeta novel, con unos versos en los que, como dice José Julio Cabanillas, “predomina un tono de exaltación adolescente” (“Introducción” 10). Los temas que trata aquí son muchos de los que marcarán la obra de Lloréns en lo venidero: búsqueda de la belleza, amor a la naturaleza y a la vida, primeros escauceos sentimentales y sexuales, negación y simultáneo afán de trascendencia, o insatisfacción de sueños de felicidad y plenitud.

Hasta 1943, trabaja con cinco cuadernos, que dan testimonio de su voluntad por perfeccionar sus capacidades literarias y por pulir, una y otra vez, sus poemas, hasta

encontrarse satisfecho con ellos. Los nombres de dichos cuadernos son: *Poesía en Signo, I; Poesía en pulición, II; Poesías concluidas III y IV; Poesías Selectas* (Poveda 23).

Durante estos años, Lloréns va atesorando nuevos referentes, va cargando sus textos de contenido, descubriendo técnicas y recursos, y encuentra las formas poéticas que mejor contendrán su estilo. Escribe sus primeros sonetos y romances, que va alternando con poemas en formas estróficas más libres. Desde los catorce años, en los que tenemos constancia de que empieza a escribir, hasta 1943 –año en el que “autoeditará” de manera rudimentaria su primer libro– Lloréns atraviesa un proceso de formación y de perfeccionamiento como poeta.

Tras concluir sus estudios de bachillerato, Lloréns se matriculará en la Facultad de Filosofía, en la Universidad Literaria de Valencia, en otoño de 1941, con lo que se hará acreedor del apodo de la familia. Sus capacidades intelectuales no pasan desapercibidas en este nuevo entorno. Allí tendrá su primer contacto con Dámaso Alonso, que fue catedrático en esta universidad hasta 1939 y que, luego, volvería con ocasión de distintos seminarios, entre ellos uno sobre San Juan de la Cruz, al que Lloréns asistió. En lo que coinciden todos los testimonios de esta época es, una vez más, en poner de manifiesto sus dotes sociales y en señalarle como una persona extrovertida, alegre y que reunía en torno a sí a todos sus compañeros.

También entra a formar parte del comité de redacción de la revista universitaria *Saitabi. Noticiario de historia, arte y arqueología de Levante* (órgano del laboratorio de Arqueología y Ciencias Auxiliares de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Literaria de Valencia), dirigida por el profesor Manuel Ballesteros-Gaibrois. Se trata de una revista bimensual, en la que participaban algunos estudiantes de la facultad y que se centraba en temas como la arqueología en la España levantina, estudios sobre artistas valencianos y en ser eco y portavoz “de las inquietudes de la entidad geográfica y cultural que conocemos desde los tiempos antiguos bajo el dictado de *Reino de Valencia*” (“Resonancia y servicio de *Saitabi*” 3).

Bartolomé aprovechó este medio para publicar crónicas sobre ciclos de conferencias, exposiciones o cursos de temática cultural, que tenían lugar en la ciudad de Valencia, como un cursillo conmemorativo de Juan Boscán (Lloréns, “Cursillo conmemorativo de Juan Boscán”) o un Ciclo de conferencias con motivo del cuarto centenario de San Juan

de la Cruz (Lloréns, “Centenario de San Juan de la Cruz”). En este último, Lloréns da noticia de la participación de cuatro conferenciantes. El primero, el Dr. Corts Grau, impartió una conferencia titulada “Los valores de personalidad en la mística de San Juan de la Cruz”. En el segundo día, el catedrático de Enseñanza Media Eduardo Juliá Martínez intervino con la conferencia “Lectores y lecturas de San Juan de la Cruz”. Los dos últimos conferenciantes serían el Padre Crisógono de Jesús y el Dr. Dámaso Alonso, con sus respectivas conferencias, “La mística de San Juan de la Cruz” y “La poesía de San Juan de la Cruz”. Según nos cuenta Lloréns, en esta última, Alonso profundizó en el estudio estilístico de la obra del poeta místico (Lloréns, “Centenario de San Juan de la Cruz”).

Como se ha indicado anteriormente, de acuerdo con el testimonio de sus allegados y como hacen patente los títulos de su biblioteca, la filosofía ocupaba un lugar prominente entre los intereses de Lloréns, junto con la filología. Esta inclinación no quedaba satisfecha en los límites del aula. A menudo, frecuentaba el Archivo del Reino, en Valencia, donde por gusto, ya que no por necesidad, se dedicaba a traducir textos del latín a modo de ejercicio. Además, no son pocas las fuentes que nos refieren anécdotas en las que quedan patentes tales inquietudes, como la de un encuentro inesperado con Bartolomé, quien se encontraba leyendo *El criterio de Balmes* a la puerta del cine, o conversaciones en las que manifestaba su intención de estudiar filosofía (Orellano, “Bertomeu Lloréns i Royo” 55).

Durante estos dos años, Bartolomé demuestra también una clarísima voluntad de dedicarse a la poesía. En enero de 1942, inicia un proyecto bajo el título *Poemas cotidianos*, en el cual –como sugiere tal denominación– trata de componer un poema cada día, tarea que logra realizar con bastante constancia y que termina en el mes de abril. Estos poemas de calidad muy irregular son, sin embargo, un valioso testimonio biográfico y una apreciable muestra de su evolución como poeta, al verse sometido a esa constancia creativa. Este proyecto se realizó en cinco cuadernos titulados *Poemas cotidianos* y numerados del I al V.

Tras el verano de 1942 inicia un nuevo proyecto –por no llamarlo cuaderno–, bajo el aliterado título de *Poemas con poco papel*, una serie de poemas breves formada por cerca de doscientas cuartillas. En el semestre siguiente, a principios de 1943, escribe el cuaderno *Versos elegíacos*, que cuenta con una sección titulada *Desde la sombra. Elegías de Adam Sthäler*. Este último simula ser una traducción de poesías del ficticio poeta Adam Sthäler. Se trata, a todas luces, de un intento por llevar a cabo una poesía liberada

del encorsetamiento de la forma. En él, pretende alejar de sí toda responsabilidad estilística, tal y como se deduce del prólogo: “no quise yo al verterlas a nuestro idioma esforzarme en vestirlas y adornarlas con la galanadura de metros y de rimas por dejar sus mismas palabras.” (Poveda 28).

Al finalizar su segundo curso universitario y obtener una matrícula de honor en el examen intermedio, realizado en 1943, Bartolomé debe incorporarse al servicio militar obligatorio. Optó por acogerse a la modalidad de las Milicias Universitarias que, al tener aprobados los dos primeros cursos de la carrera, le permitían dividir su servicio militar en varios meses de verano, a lo largo de tres años. Es destinado, durante tres meses, al campamento de milicias de Chapas de Marbella, junto con otros dos mil trescientos jóvenes universitarios de Zaragoza, Valencia, Murcia y Andalucía, para recibir formación teórica y práctica como aspirante a Oficial de Complemento (Martínez Ortíz 58-60). Aquí forjaría una amistad especial con otros seis jóvenes de Valencia y Catarroja, entre los que estaban José Manuel Izquierdo y Vicente Fontavella. Pasaban el día juntos, compartían todos los paquetes de comida que sus familias les mandaban, y provocaban al cura del campamento con cuestiones bizantinas como preguntarle: “al volar delante del sol, ¿los ángeles hacen sombra?” (Albert Fortuny 45). En el Anexo 1 encontramos tres fotografías tomadas durante el tiempo en el cual Lloréns estuvo destinado en el campamento de Chapas (Ilustraciones de la 5 a la 7).

Durante el desarrollo de esta experiencia militar, la distancia de su hogar y el nuevo ambiente le inspirarán nuevos versos. En primer lugar, es de mencionar el poema “La vuelta de las carabelas”, cuyo título viene acompañado por el lema “La Honra Mayor de la Cristiandad”, y que presentará a un concurso que no llegará a ganar. El tema es el orgullo patrio, muy acorde con el momento histórico y social que atraviesa España. También compone una cancioncilla festiva, que, de acuerdo con todos los testimonios, es adoptada como un himno socarrón entre sus compañeros. “La canción del alacrán”, que así es como se llama, nació inspirada por una invasión de escorpiones que sufrió su campamento y es, al mismo tiempo, una adaptación de la *Canción del caimán*, que entonaban los jóvenes durante la clase de gimnasia rítmica (Urteaga). Al final del verano, todos los jóvenes de Chapas cantaban la canción de Bartolomé, que decía: “Entonemos la canción del alacrán / que en las tiendas de Marbella muchos hay / y nos hacen la puñeta / metiéndose en nuestra colchoneta...” (Albert Fortuny 45). Una vez más, encontramos

un testimonio de ese carácter ingenioso y alegre que caracterizaba al joven poeta. También durante este verano comenzará la composición de su “Canto en el Sur”, de un tono más nostálgico y motivado por la añoranza de su Valencia natal (Poveda 29).

A su regreso a Catarroja, Lloréns comienza a preparar *Alfa trémula*, que podría considerarse su primer libro y el único que publicó en vida. Se trata de una edición ciclostilada y preparada por él mismo, por lo que no debe considerarse como un poemario al uso, en lo que a edición, promoción y difusión se refiere. Es un hito en su poesía, ya que por primera vez se hace patente su intención de publicar, algo que efectivamente lleva a cabo, aunque de un modo algo rudimentario. En *Alfa trémula*, se recogen poemas de *Selección de poesías* (1941), *Poemas cotidianos* (enero-abril de 1942), *Poemas con poco papel* (julio-noviembre de 1942), *Versos elegiacos* (enero-junio de 1943), y otros poemas sueltos. En este libro, Lloréns recurre a una amplia variedad de formas estróficas, desde el soneto al verso libre, pasando por el romance o las décimas, aunque ya demuestra una preferencia por el soneto. Los temas tratados son igual de variados, y se aprecia un tono más bien romántico y juvenil –adolescente en algunos casos–, pero no tan personal como en otros poemas que vendrán más adelante. Existen, además, evidentes influencias de Juan Ramón Jiménez, Lorca o Machado entre otros (Lloréns, *Alfa trémula*).

Después de haber superado los dos cursos comunes en Valencia, una nueva etapa en la vida de Bartolomé Lloréns comenzará en el otoño de 1943. El ayuntamiento de Valencia le hace valedor de una Beca de la Bolsa de Estudios, gracias a la cual se podrá desplazar a Madrid. El 20 de octubre se matricula en la Universidad Central (actual Universidad Complutense), en la especialidad de Filología Moderna y comenzará su residencia en el Colegio Mayor Cisneros. De este modo, nuestro autor se adentra de lleno en un nuevo ambiente, que le reportará vivos estímulos intelectuales, amistades, un mayor acceso a la cultura y al ambiente literario de Madrid y, por encima de todo, el acicate que le llevará a encontrar un nuevo sentido para su vida en la religión (Fontavella).

Como ya sucedió anteriormente, su ingreso en una nueva institución –al cambiar de colegio o al entrar en la universidad– despierta el asombro de profesores y compañeros, por sus capacidades intelectuales. Es uno de los más aventajados alumnos de su clase y su futuro se intuye prometedor. En Madrid se topará de nuevo con Dámaso Alonso, con quien aspira a trabajar algún día y por quien profesa manifiesta admiración (Orellano, “Bertomeu Lloréns i Royo” 57). Como explica Rafael Morales –compañero de Lloréns

en la Universidad de Madrid— a Dámaso, como catedrático de Filología Románica, le tocó acaparar muchas de las responsabilidades de maestro y padrino de la generación de posguerra, dado el exilio de algunas de las grandes figuras del mundo intelectual y académico de España, como Menéndez Pidal, Ortega o Américo Castro (39).

En este nuevo ambiente de la capital, Lloréns encuentra la compañía y motivación que le ayudan a alimentar su vocación de poeta. En la universidad y en su residencia conoce a otros estudiantes, como Vicente Gaos, Castillo Puche, Eugenio de Nora, José María Valverde o Carlos Bousoño, con quienes convivirá y trabará una gran amistad. Con ellos comparte, inevitablemente, inquietudes comunes, lo que fomenta un ambiente de pasión por la poesía y de juventud creadora (Albert Fortuny 47). Entre todos ellos, fue Carlos Bousoño el que afianzó con Lloréns unos lazos de amistad más sólidos. A lo largo de su vida y hasta su muerte en octubre de 2015, Bousoño no escatimará en gestos de perdurable y sincero cariño hacia el recuerdo de su amigo Bartolomé Lloréns.

Durante esta etapa en la Universidad de Madrid, Lloréns no solo frecuentará la compañía de sus colegas de estudios, sino que también entablará relación con algunas de las personalidades del mundo de la literatura más importantes del momento. La relación con su maestro Dámaso Alonso no quedaba restringida al ámbito del aula universitaria, lo cual suponía una excepción: es sabido que a Alonso nunca le importó crear fama de profesor frío, distante respecto a sus alumnos y poco interesado por ellos. Sin embargo, reservaba su amistad para aquellos que, en medio de las lecciones, mostraban una especial inclinación hacia la poesía. El también alumno del poeta del 27, Fernando Lázaro Carreter, recordaba en una conferencia de homenaje a Dámaso:

En mi curso estaban Carlos Bousoño, Rafael Morales y el malogrado Bartolomé Lloréns... Eran los privilegiados, que Dámaso Alonso recibía en su casa de Chamartín, alentaba, orientaba, y, de quienes, si no peco de malicioso, leyó por encima los ejercicios de examen.

Otro alumno de Dámaso, Emilio Lorenzo, recuerda que esta casa del barrio madrileño de Chamartín, al igual que su cátedra “siempre se encontraban abiertas a cuantos invocaban interés por cualquiera de las múltiples parcelas que él cultivó, se convirtieron así en centros de acogida cordial, donde recalaban poetas y filólogos en cierne” (31).

Gracias a su gran amistad con Bousoño, Lloréns llegará a conocer a Vicente Aleixandre –mentor de la juventud poética de la España de posguerra–, y entrará a formar parte del cada vez más nutrido grupo de poetas que asisten a su casa de Velintonia y que ven en él un guía para su vocación literaria. Eran muchos los jóvenes de provincias con vocación de poetas que, al llegar a la capital, encontraban en la casa de Aleixandre un refugio, una puerta por la que entrar en contacto con otros jóvenes poetas y con el meollo intelectual del Madrid de la posguerra. Era, junto a cafés como el Pombo, el Lyon, o el Gijón, uno de los centros de reunión de los poetas del momento (Martínez Cachero 27).

También conocerá –aunque no tanto como a los anteriores– al otro gran poeta del 27 que aún vivía en España: Gerardo Diego. Ambos fueron presentados por su amigo común, Eugenio de Nora, y apenas conversaron unas horas, pero el recuerdo de este encuentro y la impresión que le causaron sus versos hicieron que el veterano autor le recordara, años después, como a un verdadero poeta, que cargaba con las mismas preocupaciones e inquietudes que sus compañeros de generación (Diego 1993, 58-62).

En definitiva, podemos afirmar que Lloréns se encontraba en el epicentro de la creación literaria de Madrid y, posiblemente, de España, donde bebió de influencias renovadas y entró en contacto con autores de renombre e ideas nuevas. Muy probablemente, en las tertulias de Velintonia 3, empezó a tomar conciencia de generación poética. Aquí encontrará nuevos temas y enfoques para sus poemas y conocerá a otros poetas jóvenes como él, pero ya con un cierto reconocimiento y alguna publicación, de los cuales tomará ejemplo (Bousoño, “Prólogo” 1993, 6).

El año 1944, es decir, el primer año que pasa en Madrid (sin contar los dos últimos meses de 1943 que corresponden al inicio del curso), es el más fructífero para la producción poética de Lloréns. Durante este tiempo escribirá poesía de manera casi ininterrumpida. Muy posiblemente esta dedicación tenaz se debe al nuevo ambiente de creación literaria en el que se ve inmerso.

Una muestra del clima que se vivía en el ambiente universitario de este Madrid de la posguerra, o quizás una prueba que atestigüe la conciencia de generación, es un poema encontrado en sus archivos. Se trata de un soneto improvisado en algún bar de Madrid, casi cómico y plagado de ripios, que va dedicado a José María Valverde y a Carlos Bousoño. El texto comienza: “En la villa del oso y el madroño/ mientras fuera la dura

vida muere, / henos aquí con Carlos y Valverde, / árbol futuro si hoy tierno retoño”. El tono del resto del poema da una idea del ambiente jaranero en el que fue compuesto: “¡Que este día tan bello se recuerde / y el rioja y los callos, ay qué coño!” (*Ps*).

En la composición del poema participaban, además, algunos de los más sobresalientes poetas jóvenes de la posguerra, quienes firman –posiblemente como autores colectivos– al anverso de la hoja. Entre las firmas de todos ellos, reconocemos nombres como el de los elogiados, Bousoño y Valverde, pero también el de Eugenio de Nora (que lo hace a la germana, como Eugenio Von Nora), Pedro Lezcano, Ezequiel González Más o Rodrigo Fernández Carbajal. Un grupo de jóvenes que, con el transcurso de los años, llegarán a lo alto de sus respectivas carreras, pero que soñaban con la poesía en esos años de juventud y de romanticismo universitario. El soneto, que también va firmado por el camarero, Elías García, finaliza como no podría ser de otra forma, tratándose de jóvenes poetas y universitarios de provincias en el Madrid de aquella época: “nos tiembla el corazón y la cartera / y el soneto dejamos en rehenes / o tempo, o mores, cuenta puñetera!” (*Ps*).

Entre enero y febrero de este año, escribe *Babel*, un poemario en el que está presente el estilo de *Alfa trémula*, pero que ya empieza a dar señas de unas inquietudes más maduras. Todo el cuaderno está impregnado de una especie de augurio de muerte, casi premonitorio. La segunda parte está compuesta por casi treinta sonetos, que reafirman su particular preferencia por esta forma estrófica. En la tercera, abunda el verso libre y de nuevo encontramos el tema de la muerte muy presente. A pesar de todo, no se muestra satisfecho con el resultado final. El cuaderno queda inacabado y pendiente de muchas correcciones que en algunos casos retomará meses más tarde.

Entre febrero y marzo comenzará y dejará inacabado un poemario que titulará *Cadenas de mi vida (Poemas de la vida en cadenas)*. El nombre que le da a este proyecto de libro sugiere los juegos con versos encadenados, que caracterizarán su forma. En el reverso de uno de estos poemas se encuentra la anotación: “Influencia de Aleixandre en cuanto a la dicción, a la expresión, a la construcción; cada vez más fuerte.”¹⁰ Después de cinco meses en Madrid frecuentando la compañía de Aleixandre y otros jóvenes escritores de su

¹⁰ Dado que solo tenemos noticia de esta anotación por el libro de Poveda, no podemos asegurar si la caligrafía pertenece a Lloréns o a otra persona que se acercase a sus manuscritos después de la muerte del poeta. Se trata de uno de los poemas que han quedado ilocalizables y de los cuales no tienen noticia en el Archivo General de la Prelatura del Opus Dei.

círculo, el poeta empieza a sentir cómo estas influencias van calando en su estilo. También durante estos meses iniciará la escritura de un poema titulado “Poema de Adán”, un proyecto de poema largo, que sigue el relato del Génesis. Lo dejará inacabado tras doscientos dieciséis versos, por no estar satisfecho con la evolución del texto y por considerar que le faltan conocimientos de teología para darle la profundidad y el rigor precisos. Meses más tarde retomará este proyecto, pero de nuevo lo abandonará tras escribir cincuentaiocho versos más (Poveda 38 -44).

Aún embebido por ese afán creativo, comienza *Poemas de adolescencia*. Se trata de una breve colección de poesías que tratan el tema del amor y el de la nostalgia por el paso de la juventud. Terminará de escribirlo en Catarroja, a donde regresa por las vacaciones de Semana Santa y donde el ambiente religioso y la tradición de estas fiestas le inspiran unos *Sonetos a Jesucristo. Cuatro sonetos sacros*. Esta breve colección de poemas está, sin embargo, compuesta por seis, pero las anotaciones al margen de cada uno de ellos nos hacen pensar que quedaron pendientes de una criba final que redujese su número al anunciado por el título (Bousoño, “Prólogo” 1948, 61-62). No hay motivos para pensar que estos poemas estén inspirados por una fe sincera en todo aquello que se celebra en la Semana Santa católica. Es más, el testimonio de su amigo Carlos Bousoño y de Vicente Fontavella nos confirma que efectivamente su conversión no llegaría hasta casi un año después (Bousoño, “Prólogo” 1948, 30-31; y Fontavella, *Notas*). Son, sin embargo, unos ejercicios de tema religioso que nacen en un momento de máxima pulsión creativa, aunque podrían ser entendidos como un augurio de esa conversión, que quizás ya se encuentre latente.

Entre abril y mayo escribirá *Hojas sin árbol*, poemario que, una vez más, quedará inacabado. El tema de sus epogramas es el amor, que no cree merecer. Pronto comienza con *Sonetos de otra orilla*, en el que parece ser dueño de una voz más madura y honda, y en donde demuestra una mayor precisión a la hora de tratar sus temas, que en este caso son: el deseo, la miseria, la intuición de Dios y una aparente desesperación existencial (Poveda 47-48).

Al terminar el curso, sus estudios no se han visto afectados por su intensa labor de escritura. Sus excelentes calificaciones le eximen del pago de los derechos académicos del curso venidero. Con la llegada del verano, Lloréns debe regresar a las Milicias Universitarias, en su segundo campamento, que en esta ocasión se encontrará en Ronda.

Este verano será un momento crucial en la biografía del poeta, ya que parece que el esfuerzo prolongado de infatigable escritura durante los últimos meses, la influencia del ambiente madrileño y su situación anímica, propician la creación de dos poemarios: *Fuga y Tránsito por la tierra*. Los dos atestiguan el enamoramiento del poeta que se encuentra lejos de la persona amada y una crisis existencial, que puede ser fruto de ese ánimo decaído, a causa del amor distante (Bousoño, “Prólogo” 1948, 27). En ambos poemarios impera el soneto, que ya está asentado como forma predilecta del poeta. En *Fuga*, busca evadirse de la realidad en la que se encuentra, utilizando para este propósito los recuerdos que le sirven como pobre sucedáneo del lejano objeto de su amor. Sin embargo, esta búsqueda de evasión acaba derivando hacia derroteros más profundos y desoladores, en los que el poeta, incapaz de encontrar un sentido en la vana tierra, anhela la muerte como escapatoria. *Tránsito por la tierra* será la culminación de esta angustia vital que envuelve al poeta, quien anhela la muerte, pero que no la entiende como un fin. En sus versos trasluce una esperanza de vida más allá. Se trata de una poesía con un evidente cariz existencial, pero que deja una puerta entreabierta hacia la espiritualidad (Poveda 49-50).

Al volver a Madrid, se reincorpora al Colegio Mayor Cisneros y continúa sus estudios, ya con la vista puesta en su futura tesis doctoral, que espera realizar bajo la dirección de Dámaso Alonso. Los poemas que escribe durante el primer semestre sugieren la misma tensión existencial con un sentido cercano a la religiosidad. Además, la muerte de cierto amigo, del que habla Poveda (53)¹¹, le inspira una elegía. Reúne y corrige durante estos meses algunos de sus sonetos anteriores, bajo el título *Cuatro sonetos del destino*.

En noviembre, comienza con un nuevo proyecto de poemario, aunque esta vez en valenciano, algo peculiar en su obra. Lo intitula *Racó sense veu (en la meua parla)*; en castellano: “Rincón sin voz (en mi habla)”. Recoge pocos poemas que demuestran –según Poveda– un uso del valenciano algo rudimentario. En ese mismo mes abandona este poemario y comienza *Poemas*. En este libro demuestra una voluntad de corregir poemas antiguos y componer algunos nuevos. Este trabajo se extenderá a lo largo de varios meses (Poveda 54).

En este momento vital del poeta es cuando el padre Aguilar –dominico–, capellán del colegio mayor, le sugiere a Bartolomé participar en unos ejercicios espirituales, que se

¹¹ En su libro Poveda no especifica la fuente de esta información.

realizarán bajo su dirección, en Carabanchel Alto. El poeta, muy posiblemente en busca de un alivio para su manifiesta insatisfacción vital, accede. Así, el 3 de marzo de 1945, en Villa San Pablo, Lloréns, a pesar de no considerarse una persona religiosa y de acudir a ellos sin gran esperanza, inicia unos ejercicios espirituales que determinarán su último año de vida (Poveda 56).

Después de su paso por Villa San Pablo, Bartolomé experimenta una brusca conversión que cambiará su manera de ver el mundo y, en consecuencia, guiará sus versos. Tras este episodio escribirá un breve poemario titulado *Sonetos de amor divino*. En estos nuevos poemas, de efusivos versos, canta a la nueva presencia de Cristo, a quien tenía en sus “entrañas sepultado” (*Secreta fuente* 74). Este nuevo conocimiento de Dios no ha sido alcanzado de manera exógena, sino que lo experimenta como si lo hubiese redescubierto dentro de sí mismo. En una carta de enero del año siguiente recordará estos ejercicios espirituales, al no poder asistir a otros que se acababan de realizar en Madrid, bajo la dirección de José María Escrivá:

Habéis estado de ejercicios. Me hubiera gustado, sí. Me hubiera venido bien. Solo una vez en la vida los he hecho y ¡qué distinto, qué otro salí! Pero todo llegará. ¡Unos ejercicios con el Padre! ¡Debe ser algo tremendo! (Poveda 78).

Es tal su excitación ante esta nueva circunstancia vital, que no duda en recurrir de nuevo al padre Aguilar para expresarle su alegría y su voluntad de profundizar en esa nueva experiencia espiritual por la que está pasando. En esos momentos, en España está creciendo una institución religiosa, el *Opus Dei (Obra de Dios)*, compuesta por un grupo cada vez mayor de fieles que consagran su vida a Dios, sin renunciar a su condición laical. De acuerdo con sus estatutos y reglamentos, esta sociedad estaba “formada por hombres y mujeres que, en medio del mundo, buscan su perfección cristiana por la santificación del trabajo ordinario” (Fuenmayor *et al.* 249). Se trata de una “comunidad eclesial”, fundamentada en la idea de que existe una “llamada a la santidad que Dios dirige a todo cristiano por el hecho sublime del bautismo” (Rodríguez *et al.* 25). El padre Aguilar animará a Bartolomé a acercarse a ellos y visitar el Colegio Mayor Moncloa –dirigido por miembros de esta institución–, donde además vivía su íntimo amigo Carlos Bousoño (Poveda 57-62).

Al regresar a Catarroja, durante las vacaciones de Semana Santa, Lloréns aprovecha para ir a Valencia y visitar a su antiguo amigo, compañero de la facultad y de las milicias,

Vicente Fontavella. Este pertenece al Opus Dei, por lo que es, sin duda, un interlocutor idóneo a quien hacer partícipe de su conversión y con quien poder plantear las dudas sobre cómo dirigir su vida espiritual. Tras charlar con él y meditar sobre cómo actuar consecuentemente con su nueva visión del mundo, Bartolomé decide redactar la solicitud para entrar a formar parte de la Obra (el nombre coloquial, traducción del latín *Opus*, que se le da a la institución), el 27 de marzo de 1945 (Fontavella).

Durante estos días escribe poemas sueltos como “Mensaje de primavera”, en los cuales demuestra un evidente cambio en su situación anímica (Poveda 61-62). La emoción de estos versos, en los que canta a la juventud y a la alegría de vivir, contrasta con la tristeza que impregnaba su poesía desde el verano anterior. La fase melancólica que atravesaba ha encontrado un final brusco, tras la conversión y la desbordante emoción que, con ella, le ha invadido. En menos de un mes, el poeta ha pasado de la más absoluta desolación existencial, que anhelaba la muerte como única liberación posible, a la alegría incontenible, que le lleva incluso a consagrar toda su vida al servicio a Dios en el Opus Dei.

Ya en Madrid, vuelve a los estudios del último curso que está a punto de finalizar. Poco después de llegar, su amigo de la infancia, José Arbona, que está realizando el servicio militar en Madrid, se decide a hablar con Lloréns sobre los rumores que existen de que está intentando entrar en el Opus Dei. Este encuentro es relatado por Ampar Orellano según el testimonio de la familia de Arbona:

...como la confianza que tenían era grande, se atrevió a preguntarle: “Bartolo, tú y yo somos como hermanos y como hermano te pregunto y quiero que me digas la verdad, ¿estás en el Opus Dei para conseguir algún trabajo importante?” Bartolo no dudó ni un momento y su respuesta muy sincera va a ser: “de hermano a hermano te digo que estoy por convencimiento, tú sabes por lo que he pasado, he encontrado a Nuestro Señor” (“Bertomeu en lo recort” 85).

También aprovecha para revisar viejos poemas y selecciona unos cuantos que envía a algunas de las revistas literarias de mayor nombre del momento. Parece muy posible que su voluntad de publicar le viniese del ánimo y ejemplo de sus amigos o compañeros de clase, como Eugenio de Nora, José María Valverde, o Carlos Bousoño; no solo porque ellos ya habían publicado algún poemario a esas alturas, sino porque sus poemas también

están presentes en cada uno de los números de las revistas en los que publicó Lloréns: *Cisneros*, *Proel* o *Espadaña*¹².

Por fin, en 1945, Bartolomé finaliza sus estudios con una nota de sobresaliente, lo que le permitirá presentarse al examen para el Premio Extraordinario, después del verano. Al regresar a su hogar en Catarroja, la emoción de su familia contrasta con la incompreensión por la voluntad del joven *Bartomeu* de proseguir sus estudios. La vista de Bartolomé está puesta en la tesis doctoral, para la que ya ha empezado a prepararse. Sus aspiraciones son las de dedicarse a la investigación académica, siguiendo el ejemplo de su admirado mentor Dámaso Alonso y, para eso, necesita hacer una tesis (Poveda 65).

El tema de su investigación será el habla en la zona dialectal del “Apitxat”, un subdialecto del valenciano, que se habla en zonas como la Huerta de Valencia, el Campo de Murviedro, el Campo de Turia y la Ribera Alta. El área de estudio de su trabajo estaba, sin embargo, limitado a la zona de Valencia ciudad y sus alrededores (donde se encuentra el pueblo de Catarroja), ya que, por limitaciones de tiempo, le resultaría imposible hacer un estudio de la totalidad de esa extensa región dialectal que abarca el “apitxat”. En su introducción a la tesis futura, precisa:

Este va a ser, pues, el objeto de nuestro trabajo: recoger las formas fonéticas, el vocabulario vivo de esta zona en lo que tiene de oposición al lenguaje literario y estancado, que a su vez no es más que el que se habló y hoy ha dejado prácticamente de existir. Esto nos ha permitido –creemos– poder encontrar las leyes fonéticas vivas existentes y hasta donde nos ha sido posible, dar una explicación de ellas. Adelantamos que en una gran proporción el fenómeno que se presenta es una gran invasión de formas castellanas, que, al contacto con las valencianas, ha dado lugar a la formación de un verdadero vocabulario de voces híbridas de ambos dialectos (Anexo 3).

Aunque la tesis como tal nunca llegó a escribirla –salvando esa brevísima introducción, que suponemos provisional–, sí hizo una gran labor de investigación. Durante el verano anterior a su enfermedad y muy posiblemente desde meses antes, Lloréns recorrió afanosamente el área de la albufera en la que se centraba su estudio, hablando con los paisanos, recabando información, haciendo encuestas y tomando anotaciones fonéticas del lenguaje de la zona. Llegó a compilar más de dos mil cuartillas, cada una de las cuales

¹² Nos referimos al número 11-12 y 13, de la revista *Proel*, al número 10 de la revista *Cisneros* y a los números 11, 14 y 19 de la revista *Espadaña*. La referencia de todos estos poemas se encuentra incluida en la bibliografía.

contiene la transcripción fonética de una palabra y notas sobre su origen etimológico, su definición, su traducción al castellano y otras muchas particularidades. Todas estas cuartillas están ordenadas en categorías como fauna, flora, climatología, arboles, aves, toponimia menor, navegación o incluso apodos propios de la región. Estas cuartillas las hemos descubierto en el archivo personal de Carles Lloréns. Se trata sin duda de un extensísimo y minucioso trabajo de campo, que demuestra un gran conocimiento de la lingüística y de sus métodos de investigación. Una “investigación filológica de máximo interés”, según su antiguo profesor Ángel Lacalle, y un documento de gran valor en tanto que recoge una gran cantidad de vocabulario de la Albufera que ya se ha perdido (Olmos i Tamarit 15 -16)¹³.

José Arbona, íntimo amigo del poeta, le acompañaba en estas expediciones orientadas a recabar información sobre el apixat. Juntos recorrían, a pie o en barca, las inmediaciones de la comarca y los alrededores de Valencia, hablando con pescadores y labradores (Orellano, “Bertomeu en lo recort” 86). Como recuerda Fortuny: “Antes de quebrar el alba ya estaba en el puerto o la Dehesa y se le hacía de noche hablando con los pescadores del Saler, del Perelló o del Palmar” (44). Su breve introducción termina atestiguando la escrupulosa y prometedora labor de investigación que venía realizando y que no llegó a concluir:

Nuestra labor ha consistido, pues, en recoger directamente un vocabulario de voces en el que existe un patente influjo extraño, hasta el punto de que nos ha sido posible poner al lado de cada una de las formas encontradas su correspondiente no adulterada. Los ejemplos que damos son siempre de esta pequeña zona y solo alguna vez, y por absoluta necesidad, hemos puesto ejemplos más exteriores, pero siempre advirtiéndolo. (Anexo 3)

Al finalizar el verano, la decisión sobre el futuro inmediato de Bartolomé está tomada. Regresa a Madrid, una vez más, con el propósito de encontrar un trabajo a tiempo parcial que le permita preparar el examen para el Premio Extraordinario y, al mismo tiempo, liberar a sus padres del esfuerzo económico que supone mantener a un hijo en la capital. La situación económica de la familia había quedado muy tocada durante los años de inmensa carestía posterior a la guerra: la sastrería de su padre cada vez rendía menos y la manutención de su hijo tras haber terminado la carrera era un esfuerzo que ya no podían

¹³ El artículo donde se recogen estas declaraciones está escrito en 1989. En el Anexo 3 presentamos una reducida muestra del conjunto de las cuartillas. El resto de las mismas se pueden encontrar en el Archivo Privado de Carles Lloréns.

afrontar (Fontavella *Notas*). En esta situación, el trabajo idóneo lo halla en una academia, ayudando a chicos más jóvenes que él con sus estudios. Además, ese año ya no residirá en el Colegio Mayor Cisneros, sino que se trasladará al Colegio Mayor Moncloa, que ya frecuentaba desde su conversión.

Durante los primeros meses del otoño, Bartolomé compagina las lecciones en la academia con sus estudios, lo que no le deja mucho tiempo para la escritura. Sin embargo, sí que organiza en la Moncloa tertulias literarias e incluso protagoniza una parodia de *Don Juan Tenorio*, que se representa en el colegio (Urteaga). Escribe un villancico titulado “Caminito de Belén”, para las navidades que se avecinan, al que dos de sus compañeros de residencia, J. Gallud y A. Muñoz, le ponen música (Morillo 58).

En la residencia tiene la oportunidad de pasar más tiempo con Bousoño, de cuya trayectoria literaria empieza a recelar. Lloréns, que ya ha dejado de frecuentar los círculos de Aleixandre, le advierte sobre la perniciosa influencia que estos ambientes pueden tener (Poveda 70). En ningún momento parece que este hecho haga peligrar la amistad que se ha fraguado durante los últimos años entre los dos compañeros. A pesar de esto, según el testimonio de Carles Lloréns, es posible que, en los círculos de Aleixandre, no fuese bien aceptada la conversión de Lloréns y su decisión de ser admitido en el Opus Dei (Anexo 1).

Meses después de su conversión, Bousoño le regala uno de sus primeros libros de poemas: *Clamores de cielo y tierra* (1943). Se trata de una *plaquette* publicada en Méjico por un tío suyo y que, a diferencia de sus libros posteriores, mantiene aún el apellido de su madre, Prieto. En la dedicatoria, fechada en Madrid a 13 de junio de 1945, escribe: “A Bartolillo, con completo cariño de Carlos” (Anexo 2. Ilustración 15) e incluye un poema titulado “Los amigos”, que introduce con el enunciado: “A Bartolo, mi mejor amigo”¹⁴:

En este reino yo respiro.
Beso caricias, dulces auras.
El aire es la delicia que me envuelve:
cantáis vosotros en mi alma.

Sois el amor, musas silentes,
región de luz y bienandanza,

¹⁴ El ejemplar dedicado por Bousoño se conserva en el Archivo Particular de Carles Lloréns, donde se ha podido consultar la dedicatoria arriba comentada.

soy el amor; voy con vosotros.
Canto con gloria en vuestras alas.

Aereamiento vivo, voy errante.
Otra región de luz traspasa
mi corazón. No vivo: canto
desvariando en dulces ansias.

Amor, amor, voy con vosotros.
Amigos no: sois luces claras,
Amor, amor: os acompaño.
Reina la luz tibia y fantástica.
(Anexo 2. Ilustración 16)

Este nuevo ambiente, al que parece adaptarse con alegría y que se presenta más propicio para cumplir con las exigencias de su vocación como numerario¹⁵, se verá truncado por la enfermedad. A su regreso de Catarroja, después del verano, comienza a experimentar un cierto malestar y dolor en el pecho, así como una persistente afonía, que le dificulta mucho el habla. Esta situación se agravará hasta tal punto que no le permitirá rendir en su examen para el Premio Extraordinario del 12 de noviembre y le obligará a regresar a Valencia. Los médicos le han diagnosticado bronquitis tuberculosa, una enfermedad infecciosa para la que le recetan mucho reposo y por la cual no puede convivir con gente joven en un colegio (Poveda 67-72).

El 23 de noviembre llega a Catarroja. Durante su convalecencia le son recetados “los tres absolutos: Reposo. Silencio. Olvido”, y “los tres abundantes: Aireación. Comida. Alegría” (Poveda 73). Estas prescripciones no le incapacitarán, empero, para mantener una fluida correspondencia con los amigos que deja en Madrid. Las cartas a La Moncloa son regulares, así como las que intercambia particularmente con Bousoño. A propósito de una de estas, Lloréns escribe en otra carta al Colegio Mayor Moncloa: “Acabo de recibir carta de Carlos. Se le pasó un poco la tristeza, pero aún tiene amargos presentimientos de que no nos volveremos a ver más” (Poveda 74).

A finales de año experimenta una leve mejoría: “Las molestias de la faringitis han disminuido bastante. Los dos últimos días no he tenido ni pizca de fiebre. Parece que vaya bien, gracias a Dios”. Expresa sus ansias por recuperarse y regresar con sus amigos: “A

¹⁵ Los miembros laicos del Opus Dei según su disponibilidad y circunstancias, piden la admisión como numerarios, agregados, o supernumerarios.

veces sueño también con proyectos ambiciosos y os veo a todos conmigo, apóstoles por el mundo, incendiándolo todo a nuestro paso, en América, en Rusia, en los cuatro continentes...” (Poveda 75).

El día de Reyes recibe regalos desde la residencia de La Moncloa y desde la de Samaniego, en Valencia. Coincidencia: ambos son una flauta, evidente muestra de complicidad y cariño de todos hacia su amigo, y evidente alusión a la cancioncilla tradicional. Además, recibe una imagen de la Virgen y un perrito de juguete, con el que el poeta aprovecha para distraerse y, gracias al cual, compone una pequeña comedia titulada *La Perromaquia* –guiño cómico a la parodia, también cómica, de Lope–, que el visitante debe leer, mientras el paciente mueve el muñeco en una jocosa representación (Poveda 78). Se trata de anécdotas que confirman la valentía y buen humor con que encaraba su propia enfermedad.

Durante los meses de su convalecencia, recibirá visitas frecuentes de amigos y miembros del Opus Dei como José María Hernández de Garnica¹⁶, Vicente Fontavella¹⁷, Ángel López-Amo, amigos de Samaniego –la residencia del Opus Dei en Valencia, en la que vivía el propio Fontavella–, vecinos y amigos del pueblo, y de Carlos Bousoño (Poveda 90-92).¹⁸ Su amigo José Arbona, con quien mantuvo una estrecha relación desde la infancia, le acompañó durante muchos momentos a lo largo de toda su enfermedad y fue testigo de una gran parte de su agonía (“Bertomeu en lo recort” 86).

Sometido a un estricto reposo y a la prohibición de hablar, debe hacer uso de una pequeña pizarra para comunicarse con su familia y con las visitas. Tanto sus parientes como los

¹⁶ José María Hernández de Garnica (1913-1972) nació en Madrid y estudió en el Colegio Nuestra Señora del Pilar. Cursó la carrera de Ingeniería de Minas y se doctoró en Ciencias Naturales. Entró en el Opus Dei en 1935 y durante la posguerra dirigió el primer Centro de Estudios de esta institución. En 1944 fue ordenado sacerdote y falleció en Barcelona tras haber ejercido como ministro de la Iglesia en numerosos países del mundo (Díaz Hernández 45).

¹⁷ Vicente Fontavella González, natural de Picasent (Valencia), era residente de Samaniego. Asistía a un Círculo de San Rafael cuando pidió la admisión el 6 de febrero de 1945. En marzo de 1945 se incorporó a los seis meses de prácticas de las Milicias Universitarias. Era muy amigo de Bartolomé Llorens y le planteó ser del Opus Dei. Estudió Filosofía y Letras y se doctoró en Geografía. Después de hacer el Centro de Estudios en Lagasca volvió a Samaniego como director de la residencia. Fue profesor de Geografía en la Universidad de Valencia, y publicó libros y artículos sobre aspectos de la geografía de Valencia en las edades Moderna y Contemporánea. Falleció el 24 de septiembre de 1998.

¹⁸ No tenemos constancia de otras visitas, pero no debería descartarse la posibilidad de que otros amigos de Madrid acudieran a acompañarle en su convalecencia.

vecinos del pueblo se preocupan por la salud de Bartolomé y hacen lo posible por amenizar su convalecencia. Sus hermanos, atendiendo a los deseos del enfermo, procuran recorrer el pueblo todos los días en busca de una rosa fresca que poner en su mesilla de noche (Lloréns Royo). El descanso continuado durante más de un mes le vale una leve mejoría antes de las fiestas, pero pronto se verá enturbiada por una nueva recaída. Con la llegada del nuevo año (1946), la visita de uno de sus médicos, el doctor Lloret, le hace sospechar que la enfermedad da pocos signos de remisión (Poveda 73).

Durante todo este proceso de enfermedad, en las cartas y los testimonios de aquellos que le visitaron hay una sensación común de que Bartolomé está afrontando su padecimiento con auténtica heroicidad. En todas sus cartas hace patente su abandono en Dios y, con bastante frecuencia, demuestra su voluntad de aceptar lo que Él disponga. El dolor intenso al que está sometido, y que no se permite hacer visible, no es capaz de derrotar su carisma alegre y su sentido del humor. A menudo, en sus cartas cuenta bromas para restarle importancia a su situación y, sobre todo, para apaciguar el dolor que intuye en sus destinatarios.

Aprovecha este tiempo para dedicarlo a la oración en los momentos que las visitas le dejan libre. En sus cartas a compañeros del Opus Dei no se olvida de pedirles que le transmitan sus propósitos, para que él pueda rezar por ellos. El 20 de enero, Ángel López-Amo le visita en Catarroja, con la misión de anunciarle el estadio terminal de su enfermedad. Lejos de provocar en él la angustia que sería de esperar, Bartolomé se muestra receptivo y acepta las palabras de su amigo con alegre estoicismo. “Cuando me dijo Ángel lo que había, sentí una sensación extraña, algo así como un anticipo de lo que debe ser la dulce despedida del alma en el último instante...”, explicaba en una carta pocos días después (*Nota necrológica*). En una carta al director de La Moncloa, Antonio Huerto, Lloréns escribe: “El doctor Llopis le dijo que lo del pecho en cierto modo iba bien, pero el doctor Lloret le manifestó claramente y sin ambages que... he tomado billete ¿sabes?” (*Nota necrológica*). Una muestra del coraje y la buena disposición con que afrontaba su propio final es el inicio de esta misma carta: “Tengo quizás demasiadas buenas noticias que darté y temo que no me quepan en el sobre y reviente de la alegría. Estoy muy contento...” (*Nota necrológica*). El poeta añade: “No sé lo que querrá Dios de mí. Su voluntad es la mía y gozosamente abrazaré mi cruz.” (Poveda 82).

Pese a las noticias que comunica en la carta, se percibe su entusiasmo al relatar que su madre ha permitido que el cura acuda a la casa a darle la comunión: “hoy justamente cuando hacía dos meses que no había recibido al Señor, he comulgado! ¡Qué alegría después de tanto tiempo saborear al amado!” (Poveda 83). Decide no decirles a sus padres que va a morir pronto y, en otra carta a La Moncloa, pide a sus amigos que no se lo digan a Bousoño para no acrecentar su tristeza. Con esta misiva, Lloréns incluye un poema, “Canción del agua viva”, del 17 de enero (Poveda 84).

Las circunstancias de su enfermedad le impiden escribir algo que no sean cartas o breves frases en su pizarra. Sin embargo, el poeta, en este momento intensísimo emocionalmente, sintiéndose tan cercano al final y, al mismo tiempo, tan manifiestamente contento en la aceptación del destino que Dios le marca, aprovecha sus últimas fuerzas para escribir un bello poema religioso. La “Canción del agua viva” es uno de los poemas más admirados del poeta, seguramente por la sinceridad que se impone con la muerte tan cercana (*Secreta fuente* 85 - 87). Se aprecia en este poema una inspiración directa del *Cantar de los Cantares* y de la poesía de San Juan de la Cruz, un santo por el que sentía especial devoción y cuyas obras guardaba junto a su cama, durante su convalecencia. Días más tarde, escribirá unos últimos versos satíricos, a modo de juego dialogado, que van destinados a un amigo de La Moncloa que está dudando si solicitar la entrada en el Opus Dei; pero estos carecen de la voluntad poética y, por lo tanto, de la importancia del que en realidad fue su último poema (Poveda 80).

El día 27 de enero, sorprende a Lloréns la inesperada visita de José María Escrivá, por quien siente un gran cariño y admiración (Anexo 1; y Poveda 85). Este le regala un crucifijo, que guarda inmediatamente bajo las sábanas, junto con las obras de San Juan de la Cruz. Será Escrivá quien tras la muerte de Lloréns diría unas palabras que han quedado en el recuerdo de su familia: “El seu fill a mort en olor de santitat”¹⁹ (Anexo 1). Meses más tarde, volverá a recibir una noticia del fundador del Opus Dei, quien le comunica que puede adelantar su incorporación a la Obra al 7 de marzo, saltándose así, de manera excepcional, una parte del proceso que requiere el ingreso como numerario.

De acuerdo con el *Codex iuris particularis Operis Dei* (Código jurídico particular del Opus Dei), en condiciones normales, el proceso de incorporación a la prelatura consta de

¹⁹ “Su hijo ha muerto en olor de santidad”.

tres etapas. En primer lugar, deben pasar al menos seis meses desde la solicitud de admisión hasta la aceptación. Una vez aceptado, el postulante debe esperar un año para realizar la Oblación y, finalmente, tras cinco años, el candidato se encuentra en disposición de realizar su incorporación definitiva o Fidelidad (631). En el caso de Bartolomé Lloréns, este proceso, que, por lo general, debería extenderse durante casi siete años, se aceleró de manera extraordinaria, ante la cercanía de su muerte.

Las semanas prosiguen con reposo y visitas, incluida la del doctor Rafael Bartual, especialista en la afección de Lloréns, quien, tras examinarle, confirma la situación crítica de la enfermedad: la tuberculosis ha devorado gran parte de su sistema respiratorio y no hay remisión posible. Sin embargo, nunca perdió la esperanza de un milagro. Para ello acudía en su oración a Isidoro Zorzano²⁰, para que este intercediera por él ante Dios, a fin de curarse o de obtener ayuda para afrontar con entereza su desenlace (Fontavella *Notas*).

Ante la certeza de su próximo final, una de las mayores preocupaciones del poeta es el viaje que Álvaro del Portillo²¹ va a hacer a Roma, para pedir en la Santa Sede que se le conceda a la Obra el régimen universal, pontificio e interdiocesano. En caso de que esta petición recibiera una respuesta afirmativa, el Opus Dei podría extender su apostolado por otros países y ocupar un lugar nuevo dentro del derecho de la Iglesia (Fuenmayor *et al.* 148). En una carta de febrero al Colegio Mayor Moncloa, Lloréns escribe sobre sus impresiones, al conocer la noticia de que otro miembro del Opus Dei se ha trasladado a Coimbra:

Ciertamente te confieso que siempre abrigué la esperanza de dar un curso de Filología Española en su Universidad, que pensaba aprovechar para estudiar filología portuguesa

²⁰ Isidoro Zorzano Ledesma (1902-1943) nació en Buenos Aires y fue uno de los primeros miembros del Opus Dei. Estudió el bachillerato con Josemaría Escrivá en Logroño y posteriormente hizo la carrera de Ingeniero Industrial. Se incorporó al Opus Dei en 1930 y desde entonces fue un miembro muy activo en esta institución. Murió en julio de 1943 a causa de una grave enfermedad (Díaz Hernández 45). Su proceso de beatificación está abierto y que fue declarado “venerable”, por el Papa Francisco, en 2016.

²¹ Álvaro Portillo Diez de Sollano (1914-1994) nació en Madrid y estudió en el Colegio Nuestra Señora del Pilar y cursó la carrera de Ingeniería de Caminos. En 1935 solicitó el ingreso en el Opus Dei y en 1944 se ordenó sacerdote. Tras la muerte de Escrivá fue elegido presidente general del Opus Dei. Fue beatificado en septiembre de 2014 (Díaz Hernández 42).

y para –ya después del 27 de marzo de 1945²²– lo más importante: meter fuego²³. (Poveda 88)

El 18 de marzo Lloréns escribe una carta a José María Escrivá, en la que le agradece su incorporación a la Obra y le cuenta que está rezando junto a su hermana y su madre novenas a Isidoro. Además, le pide que le dé causas por las que rezar: “Mándeme más cosas por las que ofrecer algo, que me sobra el tiempo” (Poveda 93).

Desde Madrid sigue recibiendo mensajes de ánimo. En un telegrama firmado por “Mariano”, del día veinte de marzo, se puede leer: “Que sigas muy contento y muchos abrazos de todos”. Una semana más tarde recibe otro telegrama firmado por “Tomás”: “Te recordamos en este día con todo cariño. El padre te manda un abrazo y su bendición” (Anexo 2. Ilustraciones 13 y 14).

Días más tarde, el 24 de marzo, Bousoño aprovecha una conferencia en la que debe participar, en la Universidad de Valencia, para visitar a su amigo. Estas visitas continuarán durante todo el breve periodo que dure el viaje de Bousoño. El relato de estos encuentros, que nos ofrece José Vidal Beneyto, es de ilusión y esfuerzo por parte de Lloréns para aparentar salud y no preocupar así a su amigo, y de impresionado abatimiento por parte de Carlos. Los dos amigos bromean, hablan de poesía y Lloréns le achaca a Bousoño su “Aleixandritis” (Poveda 94). Estas charlas dejarán en Bousoño una huella de admiración absoluta hacia la valentía y la confianza en Dios que demostraba su amigo. Después de este viaje del asturiano, nunca más se volverían a ver. En el prólogo a la *Antología poética* publicada por Númenor, relata la alegría con que el amigo lo recibió en su casa y cómo le aseguró que iba a morir. Además, cita las palabras de Lloréns: “¡Pero qué fácil es morir! Lo difícil es vivir y ser fiel cada día a la honda creencia” (Bousoño, Prólogo 1993, 7). En el prólogo a *Bartolomé Lloréns. Una sed de eternidades*, cita otra frase que le dijo el poeta convaleciente: “Morir es un regalo que Dios nos hace” (9).

Durante los dos meses siguientes, continúa el reposo cada vez más sufrido de Lloréns, aunque, como hasta ese momento, su actitud se muestra siempre sosegada y alegre, dentro

²² La fecha en que Lloréns solicitó su admisión en el Opus Dei.

²³ Con la expresión “meter fuego”, se refiere a realizar labor de apostolado. De acuerdo con las palabras del evangelio “He venido a traer fuego a la tierra y ¿qué quiero, sino que arda?” Lucas 12, 49-53.

de su debilidad (López-Amo: *Notas* y Carta 2). El médico D. Rafael Bartual insiste en que el dolor que padece es tal que podría “pasarse el día en un ¡ay!”. “Según los médicos su garganta era una llaga que acabó por destrozarle las cuerdas vocales, hasta que progresivamente debió acabar toda ella poco menos que en carne viva” —explica Vicente Fontavella en sus notas—, “al comer tenía que hacer frecuentes pulverizaciones a la garganta con morfina para calmar el dolor” (Fontavella *Notas*).

A principios del mes de mayo la situación económica de la familia está tan mermada que se ven obligados a utilizar el dinero de la beca del ayuntamiento para operar al padre de una hernia (Fontavella *Notas*). Las visitas a Bartolomé continúan, especialmente las de los amigos de Samaniego y Madrid, además de las de Vicente Fontavella y José María Hernández de Garnica, que el día 20 de mayo le ayuda a comulgar, en una breve ceremonia en la que el poeta se incorpora definitivamente al Opus Dei (López-Amo, *Notas*). En este acto de Fidelidad, se adquiere un “compromiso de amor y de servicio” dentro de la Obra (Rodríguez *et al.* 93).

Los testimonios de quienes le visitan en su enfermedad y las noticias que manda al Colegio Mayor Moncloa hablan de una fiebre alta y continuada, al tiempo que concretan su extrema delgadez, con un peso de en torno a los cuarenta y seis kilos. El 3 de mayo escribe al Colegio Mayor agradeciendo las múltiples cartas que recibe, habla de que ofrece su sufrimiento por las causas que le encomienda el fundador del Opus Dei y también se refiere a Bousoño: “Carlos me ha escrito dos cartas que aún no he contestado; que no desespere; otro día que como hoy me decida, aunque vengan visitas y sueños y sudores, le escribiré” (Poveda 101).

El 30 de mayo, Bousoño le escribe una última carta de despedida que su amigo no llegará a recibir:

Tu recuerdo, Bartolo, será siempre para mí puro y ejemplar. Dentro de mi corazón estarás siempre, siempre, siempre, como el motor de todos mis actos más nobles. Me has dado un ejemplo, un ejemplo de Vida, de carácter, de desinterés, de generosidad para con tus amigos y para con Dios; un ejemplo que no olvidaré nunca. Cuando los años pasen y pasen, y yo sea un viejo, si es que llego a serlo, recordaré los días de la juventud, y en ellos te veré tan humano, tan juvenil y cargado, tan rico de dolor y alegría, que tu visión me hará olvidar las tristezas del mundo. (Poveda 103)

Durante toda la convalecencia, los amigos de la infancia y los vecinos del pueblo siguen con interés la evolución de Bartolomé en constantes visitas a la casa. El viernes 31 de mayo, tras ser visitado por el subdirector de la residencia Samaniego, Javier Silió, y otros alumnos residentes, Lloréns se siente morir. Esa misma noche, a solas con su madre, se aferra a sus últimas fuerzas para susurrar: “mém vaig”. Poco después de la medianoche, a las dos horas del primero de junio, muere a los veinticuatro años de edad (Lloréns Royo; y López-Amo, *Notas*).

2.2 Tras la muerte de Bartolomé Lloréns: difusión de su obra

Poco después de la muerte, tras el velatorio, cuando van a cerrar el ataúd, llega con el correo una carta de su amigo Carlos Bousoño, en la que se despide para siempre de su amigo (Alonso 111). Las noticias sobre el estado de Lloréns auguraban su inminente muerte y Bousoño aprovechó para despedirse con una carta que llegó solo unas horas tarde. Acompañando a la carta, venía un ejemplar del libro que acababa de publicar: *Primavera de la muerte*. La edición del libro lleva impresa la dedicatoria “A Bartolomé Lloréns”, pero el ejemplar que llegó a Catarroja contenía además una sentida despedida hacia el amigo:

Un eterno recuerdo para Bartolo, el amigo eterno, y todo el cariño de Carlos. Muy cerca y a muchos kilómetros de él, en Madrid a 31 de mayo de 1946. En una mañana primaveral te envió esta “Primavera de la muerte”, que tú día a día viste nacer bajo nuestra mutua alegría, y que hoy va a ti, en el primer ejemplar que salió de la imprenta (Anexo 2. Ilustraciones 17 y 18)²⁴.

Es necesario señalar un hecho que ha venido pasando desapercibido, en la bibliografía crítica en torno a la poesía de Carlos Bousoño. *Primavera de la muerte* es, sin duda, uno de los títulos fundamentales en la obra del poeta. Es el libro en que empieza a perfilar los conceptos y la mirada poética que calarán en toda su poesía posterior. Es, además, el título que el autor eligió para compilar sus obras completas en 1998, lo que subraya la decisiva importancia de este poemario en el conjunto de su producción. En consecuencia, es mucho lo que se ha escrito sobre este libro en los estudios concernientes a la obra de Bousoño. Sin embargo, no hemos sido capaces de encontrar ninguno en que se haga

²⁴ Este ejemplar, con la despedida autógrafa de Bousoño, se conserva en el Archivo Particular de Carles Lloréns.

referencia a las circunstancias vitales del poeta durante la escritura de *Primavera de la muerte*. Podría conjeturarse una relación entre el sentido del libro o el origen de su tema, y la enfermedad de su amigo.

Tras la muerte y el velatorio, Lloréns fue enterrado en el cementerio de Catarroja, en el panteón familiar donde también se encontraban los restos de su hermano mayor. Sus compañeros del Opus Dei le cortaron pelo para guardarlo como reliquia (Lloréns Royo), lo que sin duda es una muestra de la admiración que su actitud ante la muerte había despertado entre los otros jóvenes miembros de la Obra. Una vez más, la simpatía y el cariño que había despertado en los que le conocieron se hizo patente. “A su entierro acudió muchísima gente –explica Ángel López Amo– no solo del pueblo sino también de Valencia. Los compañeros del campamento de milicias llevaron una corona. Fue un catedrático de filosofía y muchos amigos” (*Notas y Carta*).

Días después del entierro, algunos miembros del Opus Dei acudieron a la casa de Catarroja a cumplir con uno de los deseos que Bartolomé había expresado antes de morir: “Decía a sus padres que cuando muriera, todos los papeles y libros que tenía no les servirían a ellos para nada, y que debían ir a La Moncloa, donde sí los podrían utilizar. Les insistió muchas veces en que no quisieran negar nada para quedárselo ellos” (López-Amo, *Notas*). Ante este deseo, no hay constancia de que sus padres se mostrasen reacios a entregar el legado de su difunto hijo; pero, aunque se desconoce el volumen del archivo del poeta que se llevó a Madrid, dejaron en Catarroja multitud de libros, todo el trabajo de investigación que había realizado para su tesis, y algunas cartas y libros dedicados. Es imposible saber a estas alturas qué parte del archivo total se ha perdido, qué parte exacta fue a parar a los archivos del Colegio Mayor Moncloa y cuánta quedó en la casa familiar de Catarroja, donde ha podido extraviarse con el tiempo.

Su muerte, aunque esperada, tuvo un cierto impacto en los círculos literarios de la época, algo que puede sorprender, teniendo en cuenta que no llegó a publicar ningún libro en vida. Sin embargo, hay que recordar que Lloréns compartía amistad con muchos otros poetas jóvenes del momento, tanto de Madrid como de Valencia. Había participado como redactor en publicaciones culturales, sus poemas habían aparecido en varias revistas literarias y frecuentaba los círculos de amistad entre poetas de su generación. Todo esto sin olvidar la relación que mantuvo –al igual que otros jóvenes– con dos de los grandes padrinos de la poesía de su generación: Dámaso Alonso y Vicente Aleixandre.

Alguna revista literaria, como la valenciana *Mediterráneo*, incluye una sentida nota necrológica y anuncia la publicación de un artículo extenso dedicado a la obra del poeta, que nunca llegará a aparecer quizás debido a la pronta desaparición de la propia revista (“Mediterráneo” 1946, 16). Eugenio de Nora, gran amigo del poeta, publica en *Espadaña* un sentido poema, titulado “En la muerte de un amigo”, que dedica a Bartolomé Lloréns. Aquí incluimos algunas de sus estrofas

Ahora, mi amigo, cuando parecía
que todo iba a empezar, que estabas
pronto para la lucha, que tu aire
vería su árbol, y tu sangre ágil
su plenitud de canción y de besos,
la promesa dulcísima se hace
blasfemia de la tierra, y tú
te hundes en el tiempo. (Nora 5)

Se trata, sin duda, de una evidente muestra de amor entre amigos, unidos no solo por la amistad personal, sino también como hermanos de vocación poética. Por otra parte, el poema, que aparece en una revista donde Lloréns ya había publicado en más de una ocasión, también resulta interesante como testimonio de una época, de las circunstancias históricas que les tocó vivir a los jóvenes españoles de esta generación:

Mirábamos ladrillos rotos
y cascotes enmohecidos
entre la arena. Como el musgo
hacía crecer su llama verde
y entre lo inmóvil del instante
hormigas bélicas del fondo.

Los enterrados no emergían,
pero su peso sí, en el alma
y arriba al sol los altos seres
que participan en el aire,
pájaros árboles alados,
esqueletos de casas muertas
también dijeron su silencio. (Nora 5-6)

El poema va construyéndose, poco a poco, en torno al paralelismo entre la muerte de Lloréns, que ha dejado conmocionado a su amigo, y la ruina en la que han quedado España y el mundo tras la guerra: “Aquella ruina en orden/ que nubló nuestros ojos/ con tu muerte se aumenta.” La situación dramática que assolaba el mundo durante los años de

amistad de estos dos jóvenes poetas es una circunstancia decisiva, que determina la manera particular con que perciben la realidad, se dirigen al mundo y afrontan la muerte:

... quisiera,
quisiera asir el hueco, desesperadamente,
que tu ausencia derriba.
Pero ya nada de tu ser nos queda
más allá del recuerdo. (Nora 7)

A pesar del homenaje que se va fraguando en las revistas literarias, será en 1948 –dos años después de la muerte del poeta– cuando la difusión y valoración se materializará de forma más efectiva. Es en enero de este año cuando Dámaso Alonso entra por fin a formar parte de la Real Academia Española con su famoso discurso “Vida de Don Francisco Medrano”, leído en la recepción pública de su ingreso. Al final de este estudio biográfico del poeta sevillano, Dámaso, con esa voz suya capaz de alcanzar la precisión académica sin renunciar a la sensibilidad conmovedora de poeta, se detiene en el análisis de la “Oda XXXIII” –quizás el último poema de Medrano– y reflexiona sobre la misteriosa capacidad de los poetas jóvenes de percibir la realidad, casi como vates de la antigüedad, al borde de lo profético.

Dámaso menciona –además de a Medrano– a Garcilaso, en cuyos versos casi podría adivinarse una premonición de su funesto final. Es en este sentido en el que recuerda a Bartolomé Lloréns: “El año pasado muere Bartolomé Lloréns, la juventud quizá más traspasada de vida y espíritu que he tenido estos tiempos a mi lado. El poeta muere en Catarroja en la primavera última.” Dámaso, entonces, aprovecha para recordar la providencial coincidencia por la que el libro de Bousoño, *Primavera de la muerte*, llegó a la mañana siguiente del fallecimiento. Menciona también a José Luis Hidalgo, otro poeta joven fallecido en los albores de su genialidad poética, que no vio salir de la imprenta su último libro, *Los muertos* (111).

Es también en 1948 cuando Carlos Bousoño se sumerge en los numerosos cuadernos y apuntes que su amigo ha dejado al morir y que custodia el Opus Dei, para rescatar, de entre todos ellos, el libro que Lloréns nunca llegó a publicar. Durante semanas, Bousoño revisará toda la obra inédita, en busca de aquellos poemas de juventud más representativos y que mejor dignificaban su poesía. El resultado fue el libro *Secreta fuente*, publicado en la colección Adonáis, en 1948.

El extenso prólogo que antecede a los poemas recopilados es un testimonio fundamental, no solo para conocer quién era Bartolomé Lloréns como poeta, sino también para comprender el espíritu de una generación de poetas jóvenes inmersos en la posguerra y en un momento histórico de absoluta desolación e incertidumbre. Bousoño desentraña en esas líneas las inquietudes humanas que bullen en el interior de los miembros de aquella primera promoción de la posguerra, unos autores que han sido tocados por el signo de la muerte y que, por ello, son conscientes del tiempo, "... y su fugitividad, o sea, la idea del hombre como ser temporal, limitado por dos abismos, nacimiento y muerte" (Bousoño, Prólogo 1948, 15). Respecto al testimonio como miembro de una generación que en este libro vierte Bousoño, se hablará más adelante. Nos importa más en este momento reflejar el retrato que se hace del legado literario de Lloréns.

Dos años después de su muerte en Catarroja, el nombre de Bartolomé Llorens es conocido solo por una pequeña parte del público lector de poesía, ya que, salvando los poemas publicados en algunas revistas, en vida del autor, su obra no ha gozado de una gran difusión. Sin embargo, Bousoño no duda en calificarle como "uno de los más sobresalientes poetas de la generación de posguerra" (Prólogo 1948, 11). Son palabras espoleadas por el apasionamiento juvenil y por el sentido recuerdo de un amigo fallecido, pero no por ello pierden valor, en tanto que recogen, hasta cierto punto, la percepción que en los círculos de poetas jóvenes se tenía de la obra del poeta catarrojí.

En el prólogo, el autor también rememora los momentos más excelsos de su amistad, las aspiraciones de ambos de convertirse en filólogos románicos, el fervor hacia su maestro Dámaso Alonso y, por supuesto, su inexorable vocación de poetas (11- 12). Pero la verdadera carta de presentación de Lloréns en el mundo de la poesía es el apartado de este prólogo en el cual Bousoño expone ante el público su reflexión sobre su obra: "Poesía humana, humanísima la de Bartolomé Lloréns, iluminada, quizá como pocas, por la especial luz de nuestro momento histórico, e inscrita totalmente en el espíritu de la postguerra" (25). La califica, además, como "expresión directa", es decir, que se apoya en los hechos biográficos y sentimentales de la vida diaria. Casi se podría hacer un recorrido biográfico a través de los poemas de este autor, desde sus "primeros balbuceos" hasta el "amor y el sufrimiento amoroso", para, finalmente, alcanzar su conversión y muerte. En sus últimas reflexiones sobre esta breve obra, da en reconocer que la temprana muerte del poeta no le permitió alcanzar una perfección sublime en lo formal, pero sí un

“sincero acento”, que es donde reside el mérito de su poesía, y que “logrará salvarla del olvido”. Tanto es así, que Bousoño se reafirma: “Con toda la objetividad que un contemporáneo puede tener, me atrevería a afirmar que estos versos tienen un seguro puesto entre las voces auténticas de nuestro gran siglo lírico” (38).

El título *Secreta fuente* se inspira, sin lugar a dudas, en el de la “Canción del agua viva”, pero no hay ningún verso en el que aparezca de forma explícita. La selección de poemas realizada por Carlos Bousoño se divide en tres partes temáticas. En primer lugar, encontramos “Poemas amorosos (1944)”, que cuenta con diez poemas. Le sigue “Sonetos del destino (1944 -1945)”, compuesto por doce sonetos con un tema más cercano a lo existencial y un tono más desesperado o agónico. Por último, hallamos los “Sonetos de amor divino (1945)”, donde no se incluye la “Canción del agua viva”, que cierra el poemario y que no forma parte de ninguna de las tres secciones temáticas (Lloréns *Secreta fuente*).

En la reseña del libro, que aparecerá meses más tarde en la revista *España*, se puede leer: “pocas veces un poeta ha tenido la suerte de caer en manos de mayor tacto y de resonar en un corazón más conmovido. Por él [Bousoño], la significación de Bartolomé Llorens en el cuadro de la más reciente poesía queda perfectamente fijada” (“Poesía y verdad. Reseña: *Secreta fuente*, por Bartolomé Lloréns”).

El recuerdo de Lloréns ha sido rescatado hasta el punto que lo permite la escasez de su obra y la brevedad de su vida. Pero, aun siendo así, el poeta ha logrado condensar en sus versos la humana sinceridad de su alma en todos sus padeceres: el de adolescente enfermo de amor, el de joven consumido por el dolor de su existencia, y el del espíritu vivificado ante el encuentro con Dios. Es su poesía, por decirlo de algún modo, el testimonio biográfico de un joven poeta “traspasado de vida y espíritu”.

En 1948, Vicente Aleixandre escribe a Juan José Domechina –que entonces se encontraba exiliado en Méjico –, en respuesta a su petición de que le enumerara los que, a su parecer, eran los más sobresalientes poetas jóvenes de España en ese momento. Aleixandre responde:

Se lo voy a decir de modo estrictamente confidencial, con el ruego de que mi información sea estrictamente para Vd., pues no quiero disgustos. Poetas jóvenes: Bousoño, R.

Morales, Hidalgo, Valverde, Lloréns, Gaos, Nora, Hierro, Maruri, García Nieto, Crémer, etc., etc. De esta lista los siete u ocho primeros son los capitales. (Aleixandre *et al.* 57).

Coincide esta carta con el año en el cual Bousoño –que mantenía por entonces una amistad muy estrecha con Aleixandre– preparó la edición de *Secreta fuente*, por lo que cabe suponer que el recuerdo de Bartolomé Lloréns estuviese especialmente vivo en Velintonia, 3, cuando se escribió esta carta. Por su parte, Juan José Domenchina, en la revista *Mañana* publicada en Méjico en el contexto de unos artículos de 1950, titulados “La actual poesía española en España”, se refiere al poeta, diciendo:

La vida de Bartolomé Lloréns fue muy breve: el poeta se extinguió –tras una larga agonía– a los veinticuatro años en 1946. Yo recuerdo aún la intensa emoción producida en el público por uno de los sonetos del poeta, cuando Carlos Bousoño lo leyó aquí en México. Dicha composición se titula “Amor en la tierra” [...]. Y conste que este soneto no es una excepción en la obra de Bartolomé Lloréns. Los que llevan por título “Amada adolescente”, “El barro”, “Adán pecador”, “Grito”, “Soledad llena”, “Al viento”, “Noche de luna”, etc., constituyen muy hondos arquetipos del difícil género. (Aleixandre *et al.* 59)

A raíz de este nuevo recuerdo de la obra de su obra, las revistas literarias, especialmente las levantinas, volvieron a publicar sus poemas. *Verbo* da a la luz, en 1948, un artículo titulado “Nota al margen de Bartolomé Lloréns”, que resulta especialmente interesante en tanto que enmarca su obra en la intrincada disputa literaria –*comunicación vs. conocimiento*– que se daba en esos años. Según su autor, F. Ortells²⁵, si poesía es comunicación, “confesión, grito grave y apasionado”, y “enraíza inmediatamente en lo elemental humano”, acentúa necesariamente los elementos expresivos del texto, por lo que, a la postre, el poema será bello. El contenido apasionado, sincero y comunicativo es lo que imprime la belleza en el poema, y es aquí donde la poesía de Lloréns reclama su espacio y reconocimiento: “El poeta se desnuda en cada verso, se agolpa tras cada palabra reveladora” (Ortells 27).

Ortells también defiende la poesía de este autor como uno de los máximos exponentes de la última poesía española católica. Aunque la temática religiosa es frecuente, no lo es la que nace de una fe arraigada en el catolicismo y no de “la inquietud agónica de una desorientación final, de no saber nada” (27). La poesía religiosa de los años de posguerra surge muy vinculada a la tensión existencial que impera en ciertos círculos

²⁵ Recordamos que la firma F. Ortells pertenece al poeta valenciano Juan de la Cruz Fuster Ortells, más conocido como Joan Fuster.

rehumanizadores de la poesía española (Martínez Perera 450-452). Sin embargo, a juicio de Ortells, esta poesía no es necesariamente católica, no ya en su iconografía, sus temas o dogmas, sino en su forma particular de afrontar el acercamiento hacia Dios.

En contra de lo que se dirá más adelante sobre la obra de Lloréns, Ortells defiende que existe una mayor calidad y belleza en los poemas de tema amoroso y pone como ejemplo la “Oda a la muchacha fea”. Sin embargo, reconoce el valor de los “Sonetos de amor divino”, ya que en ellos “se ha vertido en su más sincera dimensión, al tiempo que se pregunta: “¿Hasta qué punto sería lícito hacer crítica de estos versos o trozos de alma?” (28). Es en estos versos cuando, más que nunca, su poesía se presenta como pura comunicación de la experiencia mística de su alma.

La difusión de la obra de Lloréns llegó incluso al continente africano, siempre dentro del ámbito español. En 1949, en el número 4 de la revista *Manantial*, publicada en Melilla, aparece un sentido homenaje al poeta, escrito por la autora y crítica literaria María de Gracia Ifach (seudónimo de Josefina Escolano Sopena), en el que recuerda una visita a la casa de Lloréns en Catarroja, después de su fallecimiento. Menciona el luto de la madre y la hermana del poeta y la impresión que le transmitieron sobre el carácter de Bartolomé: “...me enteran de su carácter bondadoso y alegre, de su afán por el estudio, de su sencillez seráfica, de su hermosa conformidad en el trance prematuro de la muerte”. También tiene palabras para el poeta y, refiriéndose al libro *Secreta fuente*, advierte que fue poeta a pesar de su juventud: “los que conozcáis su libro sabréis que lo fue de raíz”, e incluye como prueba un poema titulado “Canto triste”, fechado en 1943 e incluido en un libro inédito que la madre del poeta le prestó. Este libro, como otros del autor, está desaparecido. Explica Ifach en este texto que Paquita, la madre de Bartolomé, sentía que tras la muerte de su hijo se hubieran llevado lo mejor de su obra, aunque aclara que “esperan que les será devuelto por quienes se lo llevaron”, algo que nunca llegó a suceder (Ifach 10).

En julio de 1950, la revista *Al-Motamid* de Larache –que aún era parte del protectorado español– publica el poema “Más alto...” y añade una nota al pie: “De un libro inédito”. La revista *Ifach*, en noviembre de 1950 publica el poema “Desvalida flor”. Por su parte, *Verbo* publicará, en el número 28, de noviembre de 1953, el poema “El viento y tu cabello”. Ninguno de estos poemas aparece en *Secreta fuente*, pero sí en *Alfa trémula*, el libro que –como se mencionó– publicara el propio Lloréns en aquella edición en ciclostil, en el verano de 1943. Esto nos lleva a pensar que su obra no solo se difundió por métodos

tradicionales, como la publicación en revistas o la edición del libro de 1948, sino que también debió de circular a través de formas más rudimentarias, como ese ejemplar que él mismo, con sus medios, difundiera y fue pasando, de mano en mano, entre los aficionados a la poesía; o como deja entrever el testimonio del profesor José Andrés Gallego, quien leyó su poesía durante sus años de juventud y afirma que, en la universidad, copiaba a mano las cartas de nuestro autor (Anexo 4).

En 1953 la revista *Resurgir. Portavoz de la PENYA de divulgación cultural Aurora Bautista*, de Catarroja publica un “Número extraordinario dedicado a Bartolomé Lloréns”, con motivo de un homenaje que se hizo en el pueblo. El día 25 de octubre de ese mismo año, se reunieron los vecinos para recordar al joven poeta fallecido. En los actos participaron el alcalde, el catedrático don Manuel Dualdo y otras personalidades de la localidad. Se compuso una música para acompañar a algunos de los poemas de Bartolomé y estos fueron cantados por un coro local y por la soprano catarrojí, Paquita Perelló. En el número especial publicado, encontramos poemas de *Secreta fuente* y de *Alfa trémula*, así como otros poemas elegíacos de los jóvenes del pueblo y un soneto en recuerdo de nuestro autor, escrito por el poeta Carles Salvador.

En 1957 Alejandro Gaos publica en el diario *ABC* un sentido artículo, en homenaje a Lloréns: “Recuerdo de un poeta de hoy casi olvidado”. En él, hace un brevísimo repaso, algo inexacto, de su trayectoria vital: el nacimiento en Catarroja, su sentimiento de proximidad a la muerte, su conversión y el temprano fallecimiento. Una vez más se resalta tal conversión y la poesía de sus últimos años como los grandes hitos en su vida:

Una súbita y grave enfermedad le puso, por fin, frente a Dios, y sus poemas, que hasta entonces habían cantado las desesperaciones del amor humano, adquirieron con el sufrimiento un tono nuevo de alegría, de gozosa resignación que parece imposible en un joven de veintitrés años que acaba de inaugurar la vida. (Gaos 11)

Gaos reconoce en él el extraordinario misterio de haber cantado “proféticamente, en sus versos, su muerte próxima”, algo que otros poetas de su tiempo hicieron –asumimos que se refiere a José Luis Hidalgo–, pero ninguno “con el aplomo luminoso que él tuvo”. Aunque admite que, como poeta joven, no llegó a las cotas de precoz genialidad formal que lograron otros compañeros de su generación, Gaos defiende que sí alcanzó “la fuerza profunda, de humana comunicación, que muy raramente poseen los líricos que empiezan”. En lo que se refiere a la difusión de su obra entre el público, Gaos recuerda

que pocos le conocieron, aunque “el grupo de íntimos del poeta no ha olvidado su nombre”. Si bien ponemos en duda el riguroso desconocimiento por parte del público que Gaos menciona, este se enmienda en su reivindicación final del poeta catarrojí: “Si Lloréns fue admirado en vida como persona, por su inteligencia y su modestia, debe también ser recordado como poeta, leyéndolo”. Incita así a los lectores a rescatar, once años después de la muerte del autor, al que llama “altísima promesa de poeta católico que perdimos”.

Durante las décadas posteriores, el recuerdo de Lloréns ha ido descendiendo en importancia relativa, a medida que la obra de otros poetas jóvenes de posguerra iba creciendo en calidad y en volumen. Con el paso de los años la obra de escritores como Eugenio de Nora, Carlos Bousoño, Blas de Otero o José María Valverde, entre otros, han continuado consolidándose, como referentes de una época. Al mismo tiempo los editores, académicos y antólogos les conferían la categoría de “autores canónicos” de la poesía española de los años cuarenta, de manera que el nombre de Bartolomé Lloréns iba quedando, poco a poco, eclipsado.

Existen, sin embargo, excepciones, pequeños reductos o círculos en los que su poesía se ha mantenido presente. En grupos universitarios, algunos de sus poemas o cartas se pasaban entre estudiantes de manera manuscrita. Lo hemos mencionado, a raíz del testimonio del profesor José Andrés Gallego antes citado, y lo recuerda también Juan Ignacio Poveda en la introducción a su libro (Poveda 11).

En los años ochenta, la revista valenciana de poesía *Zarza Rosa*, publica un número en homenaje a José Luis Hidalgo y a Bartolomé Lloréns, poetas que, como ya se ha indicado, presentan ciertas similitudes en sus respectivas biografías. En este número de 1983 aparece una extensa nota biográfica (Albert Fortuny 42- 53) y unas “Notas para una bibliografía”, que resultan muy incompletas (Ricardo Trigo 53 - 57).

Su poesía se ha mantenido también como referente de la poesía religiosa contemporánea. En este sentido, ha aparecido con una importante presencia en antologías como *Dios en la poesía actual* (1970) de Ernestina de Champourcín, o en la *Antología de la poesía mística española* de Miguel de Santiago (1998). El poema “Canción del agua viva” también aparece en la *Antología general de Adonáis (1943-68)* (1969); pero esta última puede considerarse, hasta cierto punto, una presencia forzada, ya que se encuentran

representados todos los autores que publicaron en esta editorial durante los años que aparecen en el título. En el primero de estos florilegios, Champourcín se propone seleccionar, “partiendo del modernismo, aquellos autores y aquellos poemas que parecen más sintomáticos de la inquietud espiritual” (3). En la abultada lista de más de cien autores con representación en esta antología, los poetas de posguerra tienen una importantísima presencia. Queda claro que el tema de Dios es para la autora uno de los motivos fundamentales en la poesía de las últimas décadas. Entre ellos, nuestro autor aparece con cinco sonetos: “Amor de la tierra”, “Pecado y resurrección”, “Amor de Dios”, “Noche” y “Presencia del Señor”. Todos ellos se encuentran recogidos en el libro *Secreta fuente*. Estos poemas en conjunto plasman una imagen del poeta que intuye la muerte cercana y que encuentra, embriagado en el amor de Dios, el consuelo y la esperanza. En la introducción, la antóloga remarca la evolución temática de la obra de nuestro poeta: “Bartolomé Lloréns canta al amor humano, y después del acercamiento a Dios, poco antes de su muerte escribe unos sonetos a lo divino, que nos hacen lamentar doblemente que se nos fuera tan pronto” (23).

En la segunda de las antologías que hemos mencionado, *Antología de la poesía mística española*, el sacerdote, poeta y periodista Miguel de Santiago, recoge poemas de sesenta y siete autores que van desde la poesía del siglo XIV de Ramón Llull, hasta la de poetas del XX, como Rafael Alfaro o Carlos Murciano, pasando por algunos ejemplos de poesía mística extraídos de la obra de San Juan de la Cruz, Unamuno o Dámaso Alonso. En este caso, la poesía de Lloréns aparece representada con siete poemas, los cuales, una vez más, se encuentran en *Secreta fuente*: “Noche”, “Pecado y resurrección”, “Amor de la tierra”, “Amor de Dios”, “Presencia del Señor”, “Primavera nueva” y “Canción del agua viva”. Todos son sonetos, a excepción del último. De nuevo, el autor de la antología resalta la dimensión espiritual tan arraigada en la obra de los poetas jóvenes de la posguerra, que “tienen una poesía profundamente religiosa en sus comienzos, aunque después cambiaran sus rumbos iniciales” (Santiago 45).

Llegados a este punto, cabe poner de manifiesto la ausencia de Bartolomé Lloréns en otras antologías de posguerra. Es de recordar que, muy a menudo, el sesgo por el cual un antólogo incluye o desecha a un autor en su canon no siempre responde a criterios tendentes a la objetividad, como los que son propios del estilo, de las influencias literarias, del contenido o cualquier otro basado en la ciencia literaria. A menudo, la elaboración de

una antología viene regida por criterios subjetivos como la simpatía, antipatía, afinidades ideológicas, intereses editoriales etc. Son, sin embargo, las antologías uno de los pilares sobre los que se cimienta y elabora el canon literario y tienen una función programática evidente a la hora de estudiar un momento en la literatura como, en este caso, la posguerra (Balmaseda Maestu 54-55).

En cuanto a las antologías destinadas a compilar una serie de ejemplos representativos de poesía de tema espiritual, la de Leopoldo de Luis, *Poesía religiosa* (1969), es uno de los referentes más destacados. En ella, no encontramos referencias a la obra de nuestro autor, y lo mismo pasa en otras desprendidas de criterios temáticos, como la *Antología consultada de la joven poesía española* (1952), de Francisco Ribes, o *Veinte años de poesía española (1939 – 1959)* (1960), de José María Castellet, por citar dos de los florilegios más representativos. Es pertinente mencionar, empero, el propósito frustrado de Rafael Millán de incluir en su antología, *Veinte poetas españoles* (1955), a otros como Vicente Gaos, Manuel Álvarez Ortega, Julio Mauri o Bartolomé Lloréns, que habrían sido incorporados de haber contado con una nómina no tan acotada (Fernández Almagro). Este hecho, que pudiera resultar baladí tratándose de otro autor, es significativo en tanto que pone de manifiesto el recuerdo persistente que la obra de Lloréns mantuvo, incluso una década después de su muerte.

No será hasta los años noventa cuando el interés por la poesía de Bartolomé Lloréns vuelva a reavivarse, por última vez, con la publicación de dos libros fundamentales. El primero de ellos estuvo precedido por un pequeño artículo de 1991, que apareció en la revista sevillana *Númenor*. Su autor, el poeta José Julio Cabanillas, recordaba a un joven poeta olvidado, que en los años cuarenta alcanzó “cotas inusitadas en la poesía religiosa castellana” (23). El breve artículo viene acompañado de tres poemas: “Canción del agua viva”, “Adán pecador” y “Primavera nueva”. Este pequeño recordon del joven autor no es más que el anticipo de una antología que el mismo grupo *Númenor* editará de su poesía, en 1993, como número dos de su colección “Cuadernos de poesía”.

Esta antología viene prologada –una vez más– por Carlos Bousoño, quien recuerda, casi medio siglo después, su relación con Lloréns y la íntima amistad que les unía. Se reafirma en la admiración que le profesaba como compañero, como filólogo y como poeta. Por otro lado, la introducción a las poesías también pertenece a José Julio Cabanillas, que va trazando una breve evolución de la obra de nuestro autor, aunque para esto solo cuenta

con poemas de sus últimos años de vida. Desde su análisis, si en los poemas de amor demostraba aún la ingenuidad y exaltación juvenil, poco a poco va construyendo una “voz grave y serena”, que pierde “el falsete atiplado del adolescente”. Todo esto hasta alcanzar la culminación de su obra, que llega con su conversión y con sus poesías religiosas, entre las cuales destaca por encima de todas “Canción del agua viva”, donde el escritor dice encontrar “el eterno secreto de la poesía que sigue revelándose y ocultándose en estos versos” (Cabanillas, “Introducción” 9-11).

La antología está compuesta por catorce poemas, dos de los cuales –“Ruisenar reflejado” e “Y rimaba su sueño con mi sueño”– habían quedado inéditos. El resto se divide en secciones, del mismo modo que los organizó Bousoño en *Secreta fuente*. El último de todos ellos, una vez más, es la “Canción del agua viva”, que no entra en ninguno de los capítulos temáticos.

El último libro que atiende a la figura del poeta fue publicado, en 1997, por Juan Ignacio Poveda. En él, el autor accede, por primera vez desde que lo hiciera Bousoño, a los archivos custodiados por el Opus Dei. El autor, numerario al igual que Lloréns, se basa en los textos manuscritos y en el testimonio de otros miembros de la Obra que le conocieron, para realizar una biografía que atiende, por encima de todo, a la evolución espiritual del poeta, a su proceso de conversión y, finalmente, a su agonía y al heroico modo de afrontar la muerte. Muchos de los documentos y poemas en los que se basa para escribir este libro se encuentran hoy desaparecidos. Sin embargo, la faceta de poeta de Bartolomé Lloréns pierde relevancia y su obra es analizada desde un punto de vista más funcional, como una fuente biográfica. No hay por parte de Poveda pretensión de analizar la obra lírica desde el prisma de la crítica literaria. Se trata de un documento para comprender el mundo interior del poeta y las circunstancias que le llevaron a la conversión y a solicitar el ingreso en el Opus Dei.

La segunda parte del libro, que sigue al recorrido biográfico, es una antología de la poesía del joven autor, pero que, como explica se explica en el prólogo, está ordenada “cronológicamente de modo que se pueda seguir con facilidad su evolución íntima y poética” (Poveda 14). Encontramos una selección de setenta y tres poemas –la más extensa publicada– que sirven al lector como apoyo y referencia de la biografía espiritual que realiza Poveda.

Por último, cabe referir –aunque sea a modo casi anecdótico– la aparición del villancico que Lloréns compusiera durante su estancia en el Colegio Mayor Moncloa para las navidades de 1945, en una antología de villancicos, publicada por la editorial Palabra en 1997. Con una nota al pie, la compiladora de los textos de este libro, María José Morillo, explica que la música fue compuesta por otros estudiantes amigos del autor: “J. Gallud y A. Muñoz” –hecho que ya apuntamos anteriormente– aunque la partitura no se conserva (58).

La bibliografía centrada en Bartolomé Lloréns que ha ido surgiendo, a largo de las décadas posteriores a su muerte, atestigua la evolución que ha experimentado la percepción de su obra. Si bien siempre ha sido especialmente valorado por sus poesías de temática religiosa, es evidente que, durante la primera década después de su muerte, fue valorado también por su vertiente existencial y por la lírica amorosa. Así lo atestiguan los poemas y artículos publicados en revistas literarias después de su fallecimiento. A medida que los años han pasado, su presencia en antologías siempre ha respondido a su interés como poesía de tema religioso. El caso del cuaderno de poesía de *Númenor* no es necesariamente una excepción, ya que, aunque incorpora poemas de amor y “del destino”, en su prólogo se valora aquella, la religiosa, por encima del resto de su producción. En este sentido, nos parece interesante tener en cuenta de qué modo la valoración de la obra de Lloréns ha pasado por distintas fases: poesía joven de posguerra, poesía mística, poemas como testimonio biográfico de un ejemplo de muerte cristiana.

Respecto a esta última fase, resulta representativo el programa de televisión *Tiempo para creer*, que se emitía a finales de los años sesenta en TVE 2 y que dirigía el padre Ángel M^a García Dorronsoro. En uno de estos programas, la charla o la pequeña predicación coincide con el Día de Todos los Santos y se titula: “La canción del agua viva”. En ella, Dorronsoro habla sobre “el misterio de la vida eterna” y trata con sus palabras de consolar a la audiencia ante la realidad de la muerte, para lo cual recurre a los versos de su “gran amigo”, enterrado en un cementerio de Catarroja, en Valencia. En ellos, el amor de Dios aparece simbolizado a través del agua que mana de una fuente eterna (Dorronsoro 28-29). En este caso la poesía de Lloréns es tratada por su capacidad de transmitir un sentimiento religioso casi místico de comunión con Dios. Este devenir de la percepción de la obra literaria de nuestro poeta es comprensible, si tenemos en cuenta sus circunstancias vitales y el hecho de que no llegase a hacerse un nombre sólido como autor antes de morir. De

otra parte, el tiempo ha ido aumentando el prestigio y el reconocimiento de sus compañeros de promoción que, naturalmente, han terminado por eclipsarle, al haber podido desarrollar una amplia trayectoria poética.

A pesar de los años, en su pueblo de Catarroja, Lloréns sigue siendo recordado. Un hecho significativo es la existencia de un colegio que lleva su nombre: Colegio Público Bertomeu Lloréns i Royo, “en recuerdo de un joven intelectual de esta población fallecido hace poco más de 30 años” (R. Lloréns, 12). También existió durante varios años un premio de poesía Bartolomé Lloréns y, en 2011, el pueblo volvió a homenajear al joven poeta con una exposición en la que se trajeron, desde Madrid, numerosos manuscritos del escritor (Anexo 1).

Por último, no solo a modo de curiosidad, cabe mencionar la fama de santo que Lloréns ha llegado a alcanzar en el pueblo. Es habitual encontrar ramos de flores frente a la tumba del poeta como vemos en la imagen del Anexo 2 (Ilustración 19). Numerosos vecinos afirman que, cuando llega la época de exámenes, es frecuente entre los jóvenes de Catarroja, Valencia y de otros lugares de España llevar una vela al panteón en que se encuentra enterrado junto a otros miembros de su familia (Anexo 1).

